

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 12 de Marzo

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Paul Morand, cronista del siglo XX*, por Jaime Torres Bodet.—*Paul Morand*, por Xavier Villaurrutia.—*Página lírica* de G. Castañeda Aragón.—*Había una vez...*, por José B. Acuña.—*Un romance de vida bohemia*, por Sylvio Julio.—*Carta* de Luis E. Nieto Caballero.—*Bibliografía titular*.—*Respuesta*, por Jorge Zalamea.—*El número 1 de paris-américa*.—*Carta* de Martínez Sierra.—*Saludo a Berta Singerman*.—*Koolau el leproso*, por Jac London.—*Gentleman prefer blondes*, por J. Edwards Bello.—*Explicando ciertos conceptos de Haya de la Torre*, por A. Torres Rioseco.—*Un grupo selecto de intelectuales cubanos protesta contra la intervención yanqui en Nicaragua*.—*La Universidad Popular contra la venta de tierras nacionales*.

HA llegado a México Paul Morand. Este nombre que, por su misma brevedad revela al viajero y al cosmopolita, es, a pesar de lo poco que representa para gran parte del público, el de un escritor excelente, que no se contentaría con ser de ayer, que no pretende ser de mañana, pero que es, como raros escritores han logrado serlo, un cuentista de hoy.

El presente lo contiene íntegro. Por fortuna no se trata, en su caso, del presente estrecho de una provincia o de una ciudad. No se trata siquiera del presente de una nación. Paul Morand pertenece a esa generación europea que presiden, en París, la figura y la inteligencia precisas de Valéry Larbaud. Los miembros de este grupo encontraron en la guerra del 14 el pretexto imprevisto de un acercamiento continental y, en tanto que los estadistas discutían y los militares—esos cirujanos—segregaban, esta generación, sin disciplina aparente, hacía más en favor de la unidad espiritual de Europa que el mismo Romain Rolland, difícilmente instalado, en la altura de su soledad, *por encima de la pelea*.

Como la mayor parte de los buenos prosistas, Paul Morand comenzó por ser un buen poeta. Sus *Hojas de Temperatura* y sus *Lámparas de Arco* descubrieron a los apresurados lectores de 1915—año terrible,—una inteligencia neta y un conocimiento muy exacto del versolibrismo. Desde estas primeras selecciones el poeta, a pesar de su contacto asiduo con Cendrars y Max Jacob, empezaba a coincidir con el *unanimismo*. Como Jules Romains y, en ocasiones, más aún que Jules Romains, Morand tenía ya entonces el sentido agudo de las realidades colectivas y hacía penetrar, con un talento ágil, las aristas del problema social dentro del problema literario de post guerra.

Ninguna de las cualidades esenciales que había de descubrir la crítica en su obra posterior en prosa, deja de estar presente

Paul Morand, cronista del siglo XX



Paul Morand

en esta porción de su obra en verso y aún, a menudo, las cualidades se truecan—por exceso—en defectos. El motivo de esta transfiguración de cantidad es, más que la impericia del neófito—este escritor parece no haber *principiado* nunca,—el deseo consciente de acentuar, en el estilo, una huella propia.

Un sensual, se ha dicho de él, tratando de definir, en una sola fórmula concisa, sus cualidades y sus imperfecciones. Pero Paul Morand, a pesar de los temas un poco

equivocos que elige para sus pequeños cuadros de costumbres contemporáneas, no es un sensual. Por lo menos no lo es desde el punto de vista del erotismo, del *libido*. Una generación tiene coincidencias obligadas y no en vano ha convivido, en los salones, el cosmopolitismo elegante de Morand con la psicología de Freud. Su interés por describir el infierno cerebral en que se agitan las pasiones sexuales de hoy, no es siempre interés de artista. Un escritor sensual carecería de esa sólida estructura en que Paul Morand concibe y plasma la materia de sus relatos. D'Ors protestaba hace poco contra la falta de vertebración de la obra de Proust, falta de vertebración que no se descubre nunca en el tejido estrecho—tejido de células nerviosas—del estilo de Paul Morand. Su *Espejo de Tres Lunas* en *La Europa Galante* y *Noche Nórdica* en *Abierto de Noche* son modelos de concepción lógica y, decir de esta suerte concepción lógica, ¿no es acaso apuntar ya una invitación al clasicismo?

Oscuramente, todos sus críticos han sentido la necesidad de depurar la fórmula de la sensualidad. Así, en tanto que René Lalou indica en su *Historia de la Literatura Francesa Contemporánea*, que hay en la obra literaria de Morand más crueldad que sensualidad verdadera y la compara, por estos términos de analogía, con la obra pictórica de Marie Laurencin, Benjamín Crémieux insiste, en el estudio

que consagra a Morand en su *Siglo XX*, sobre el mismo tema, con inflexiones más personales y más convencidas: «Hay—afirma—en el estilo de Morand, más lucidez cruel que compasión o que dandismo».

Para apreciar sin pausas la diferencia que existe entre el escritor de los sentidos y el de la inteligencia, bastaría establecer un paralelo entre el exotismo de Pierre Loti y el de Paul Morand. El primero divaga a propósito de todo. Su estilo es un brillante pero frívolo mariposeo. Se posa

un momento en cada miel y el resultado es, para el lector, una embriaguez policroma. De un país, de una ciudad que visita no conserva sino el color de un crepúsculo, el recuerdo afinado de un perfume, la evocación de una música.

Ninguna de estas imprecisiones en la memoria de Paul Morand. Su descripción de Lisboa, en el primer ángulo de una de sus mejores narraciones: *Lorenzaccio o el Regreso del Proscrito*, es de una exactitud que recuerda las telas de algunos pintores primitivos. ¡Qué poco queda, en este viajero, del romanticismo itinerante de René! Ningún fondo de vaguedad, ningún arcano. Todo neto, preciso, limitado, como la mirada en la blancura líquida del ojo que la contiene.

Del poeta tiene Morand, como Giraudoux, la capacidad sugeridora de las síntesis. Un detalle, *la voz blanca de Proust*, la nube que, en un día de verano envía a su amante una de las mujeres de *Tendres Stocks*, la piel de María Luisa que parecía una imitación de tan pálida que era y *descolorida por la urbanidad* son más que simples aciertos de idioma, exquisitas muestras de sensibilidad y de observación.

Morand, que no ha podido obtener un éxito absoluto como novelista—*Lewis et Irene*—es, en cambio, uno de los maestros,

uno de los raros maestros perfectos del cuento contemporáneo. Su condición más visible de estilista ha sido la de instaurar una *transcripción literaria de la prosa familiar de post guerra* y de realizar esta transcripción, convirtiendo el idioma de todos en un instrumento de admirable agudeza expresiva, sensible, como una antena, a las menores sollicitaciones de la vida actual, nerviosa y atormentada siempre de un movimiento opuesto.

Pero las cualidades de estilista no le satisfacen por completo. Aspira a más. Desea ser un cronista de la psicología del siglo xx, y lo logra. Porque, en esos escenarios mínimos en que desarrolla el asunto de sus relatos, reúne mayor cantidad de cosas vivas y de costumbres singulares que las que pudiera contener una enciclopedia de las manías contemporáneas. Y, también, porque ha descubierto hasta qué punto es cierta en la vida, la afirmación de Fourcroy que sirve de epígrafe a *La Europa Galante*: «Estamos inclinados a creer que muchas de las sensaciones voluptuosas que algunos individuos han experimentado recientemente, obedecen a un principio de asfixia...»

JAIME TORRES BODET

S/c.: Altamirano 116
México, D. F. México.

Paul Morand

—De Revista de Revistas, México, D. F.—

RECORDÁIS el prefacio de Anatole France a *Los placeres y los días*, el libro primero de Proust? Anatole France parece reconocer únicamente en el Proust de entonces, en vez de las cualidades originales que formaron más tarde una rama de la literatura actual y énsombrecieron el limitado prado ameno del mismo autor de *El crimen de Silvestre Bonnard*, virtudes refinadas. Cualidades, virtudes. Para France, Marcel Proust era un *virtuoso* lo cual en arte—¿en música, quién lo ignora?—no es, en modo alguno, diverso de un *vicioso*.

¿Recordáis, en cambio, el prefacio de Marcel Proust a *Tendres Stocks* de Paul Morand?

La respiración es otra: da tiempo para escribir y, enseguida, leer en voz alta una frase larga. Proust tuvo la conciencia clara de cómo el tiempo se impone a los escritores y de qué modo aparecen nuevos escritores que imponen, al tiempo, su tiempo. Hablando del minotauro, Morand supo afirmar que lo cierto es que, de cuando en cuando, surge un nuevo escritor y este escritor tiene que aparecer a los ojos egoístas de la generación precedente y a los ojos de vidrio que esta generación ha logrado mantener enfrente a modo de público, un escritor *difícil*. Como en una delicada venganza y dirigiéndose al mismo Anatole France, escribe Proust: «Podemos seguirlo hasta la mitad de la frase, pero allí desistimos».

Nosotros imaginamos que Anatole France no pudo ir más allá de la mitad de una frase de Proust que hacía decir a Paul Morand:

«vuestra voz, también blanca, traza una frase tan larga...»

Frente a un espejo de dos lunas—Morand ha dibujado en *La Europa galante* uno delicioso, donde las lunas son tres—tenemos los perfiles diversos de un mismo rostro. ¿Quién no es asimétrico, aunque sea ligeramente? Uno de los perfiles de Morand parece hecho para mirar a las mujeres; otro, para mirar a las ciudades.

En un principio, las mujeres de Morand—Clarisa, Delfina, Aurora—eran a un solo tiempo la figura y el ambiente. De este modo, el aire engendraba la figura sin pretender ahogarla, y la figura creaba el paisaje con sólo un movimiento, con una frase o, simplemente, con un silencio. En un principio también, al recordar estas tres figuras de Morand, pensábamos en las muñecas grises y delgadas que aun de frente parecen enseñar sólo el perfil, de Marie Laurencin. Ahora, la asociación nos parece impropia, a favor de Morand.

Clarisa es rubia, aficionada a las antigüedades, pero, «más que el objeto, le seduce la imitación». Delfina tiene unos negros ojos líquidos. Aurora, de aficiones salvajes, danza desnuda, «dejando en nuestras retinas una imagen hindú con brazos y piernas múltiples».

Más tarde, las cosas que forman la tela de Morand pueden verse y palpase por separado, al punto que casi podríamos decir que el segundo término habitual de un cuadro cualquiera pasa a ser aquí, victoriosamente, el primero. Sus breves novelas ya no se

titulan, no podrían titularse, con nombres de mujeres. El tiempo y el espacio intervienen como un convidado cuya presencia no nos asombra sino en vista de nuestra falta de previsión. Aparecen la «noche» y la «tierra». La noche catalana, la noche turca, la noche nórdica no se llaman ya, simplemente: Remedios, Ana, Aino.

Las mujeres y las ciudades. El plano de una mujer, el sexo de una ciudad. Los perfiles de Morand desaparecen. Ahora, compuesto su rostro de frente, mira, indistintamente, las mujeres y las ciudades. Para conocer a las mujeres es necesario recorrerlas. Para conocer las ciudades es preciso palparlas. Y las ciudades y las mujeres de Paul Morand no pueden ser una sola. Viajero obligado, su vida es la vida cosmopolita. Tiene ya, detenido en libros, su Occidente, su Pre-Oriente, su Oriente. Parece conocer una parte de Norteamérica y, además, de los Estados Unidos, ha sabido decir que los viejos automóviles Ford son sus únicas ruinas.

Morand es el observador rapidísimo de gestos y lugares, que en dos minutos levanta en un interior toda una ciudad o una raza. Hombres y mujeres se mueven, gesticulan, callan, se frotan o se buscan. En *Ouvert la nuit* en *Fermé la nuit*, pasan nombres, vocablos y sitios que son el universo internacional de este arquero que lanza tan certeras flechas sobre todo cuanto mira que, si tuviera tiempo de detenerse un momento frente a un espejo, su imagen quedaría acribillada.

Paul Morand tiene treinta y ocho años y un público internacional que lo busca por diversas razones, aun por aquellas que no son estrictamente literarias. Esto último nada tiene de extraño: Chesterton nos enseña que un impresor, leyendo la Biblia, no encuentra sino las erratas.

Sus asuntos sexuales y su lenguaje han contribuido a imantarlo lectores. Su más reciente libro se titula, significativamente, *Rien que la terre*. Como todos los suyos, es el libro de un sensual, de un hombre que pone en juego sus sentidos, alejándolos y acercándolos como el fotógrafo el silencioso acordeón de su cámara de fuelle, para conseguir la visión exacta.

A la inversa de Valéry Larbaud—a quien recordamos por lo mucho que de Morand difiere—más que el carácter, le interesa la manía del sujeto. El tic nervioso, la zozobra de un instante, el ademán que descubre un vicio o un deseo, el laberinto psicológico cuya salida está en una mirada. Por todo esto, su estilo es agudo y rápido. Quebrado estilo de hombre que husmea, frota, espía... En pocas palabras, estilo de hombre sensual.

¿Pero no debe ser un lugar común, tan bello como el verso de Racine más veces citado:

La fille de Minos et de Pasiphaé

que la sensualidad es una forma de la inteligencia?

XAVIER VILLARRUTIA

S/c.: Sinaloa, 72
México, D. F. México.

Página lírica

de G. Castañeda Aragón

Oda pindárica a la luna

«El sol arranca lágrimas a los ojos;
la luna, suspiros al corazón».

Hoja de calendario

Cráter apagado, oh, há mucho tiempo
en las modernas Nápoles del ruido.
Lámpara de la abuela de los cuentos.
Viejo farol de Navidad
abandonado en la buharda.
Ya no tienes poetas.
Ni pajes.
Ya no tienes farero que te encienda.
Tú, romántico faro
sobre el tumulto de las ciudades voltaicas.
He tenido que ir al campo para verte.
Para volver a ver tu cara campesina
pues ya no eres tan pública
como el alumbrado urbano
y las horizontales.
Y tú, que ya no te pintas las ojeras
ni los labios,
has tenido una sonrisa indulgente
para mi neurastenia ridícula
adquirida bajo los bombillos eléctricos.

Puerto de Cristóbal

Casas de madera
de color.
Los negros.
Inglés colonial.
Una estatua con cadenas

que rodean el pedestal.
Una palmera.
Colón.
Cristóbal.
Aspinwall.
Canal Zone.
Panamá.

Poema del caminante

Exalto el andar vigilante.
El peregrinar.
El moverse en todos los sentidos
pero sin prestarle piernas al motor.
Porque las máquinas se alimentan de
espacio
y no nos dejan paladear
la incomparable alegría
de no llegar tan pronto.
El motor ha matado al mundo.
Nos está matando la velocidad.
Será bien que el espíritu vuele.
O que ruede por los caminos.
Pero dejad que los ojos viajen
en su indolente diligencia
con cascabeles
y mayoral.
¡Qué bien saben el vino del meson
y la caricia de la mesonera!
¿A qué ese raid Londres, Pekín,
París...?
No más la chispa y el *oil*.

No más el vértigo
parálisis de la sensación.
Exalto la sandalia
y el bordón.

Clownada

Hoy, en la arbitraria
pista de Madame Fantasie,
arrojaré del trapecio
a Mister Common Sense.
Hago mi poema en blanco
de zinc.
Pinto una raya roja
y otra verde y otra negra.
Qué bien, madame!
Este es mi aeroplano de palo.
Corro la pista tirándole
de la cola.
Y luego en equilibrio
sobre la cuerda.
hago un looping irresistible.
Os saludo al caer en tierra.
despatarrado!
Reíd todos del mismo.
Y ahora andaré de cabeza.
Mi cabeza es más fuerte que mis piernas.
Os saludo con una de ellas.
Este es el número de fuerza.
Música!

G. CASTAÑEDA ARAGÓN

Barranquilla, Colombia.

Había una vez...

HABÍA una vez un padre de familias que al partir dejó muchas tierras, ricos plantíos y abundantes ganados. Viendo cercana su hora llamó a su primogénito y le dijo: «He aquí que Dios ha colmado mis esfuerzos, agradecido le estoy por sus muchas bondades, y antes de partir para lejanas tierras, quiero que tú, mi hijo mayor, administres la hacienda que te dejo. He tomado el dinero de mis arcas con el fin de proveer a mis necesidades; tú, en cambio, te quedas con mis ricas posesiones. Tómalas, y al volver, cuenta me darás de ellas.» Diciendo esto partió. El primogénito, entonces, llamó al mayordomo del campo y le dijo: «Mi padre ha partido sin dejarme un denario. Mis gastos son muchos y en mi casa debe reinar la abundancia. Ve, corta la cosecha y véndela en el mercado». Recibido que hubo el dinero de la cosecha y satisfechas las necesidades de su casa, el primogénito vióse de nuevo en apuros de dinero. Llamó otra vez a su mayordomo y le dijo: «Agotado he cuanto me trajiste. Mis gastos son muchos y en mi casa debe reinar la abundancia. Ve, recoge los ganados y véndelos en el mer-

cado». El mayordomo partió, vendió los ganados y entregó el producto de la venta a su señor. Por tercera vez el primogénito llamó al jefe del campo y le dijo: «Aún necesito más dinero, ¿me lo puedes procurar?» Contestóle el mayordomo: «Señor, las cosechas y los ganados han sido vendidos; tan sólo quedan las tierras y estas necesitan capital para su cultivo. Pero he aquí, que un rico mercader de Cartago quiere arrendar tu hacienda y un usurero, de Cartago también, quiere emprestarte dinero. Escoge, tú, de las dos proposiciones la mejor». Llamó el hijo al mercader y llegado que hubo éste, el primogénito sintióse lleno de codicia y le pidió mil condiciones ventajosas para él. El mercader, en cambio, pidióle onerosas condiciones, visto lo cual el hijo de familia no quizo cerrar el trato. Entonces llamó al usurero y sin muchos regateos dióle en garantía las tierras. Al cabo de los tiempos volvió el padre de familias y llamó su hijo a cuentas. «¿Qué habéis hecho de mis posesiones, de mis plantíos y ganados?» le preguntó. Y el primogénito respondióle: «Señor, como tú me dejaste sin dinero tuve que vender

la cosecha y los ganados. Como mis gastos eran muchos, pedí prestado a un usurero de Cartago, quien recibió tus tierras en garantía.» Inculpóle el padre de familias: «Hijo desleal y malvado, mala cuenta me das de lo que te confié. ¿Por qué no diste las tierras en arriendo, ya que tú no podías cultivarlas?» «Señor, porque se me exigían muchas y onerosas concesiones.» Y el amo indignado con la conducta de su hijo primogénito, le despidió, diciendo: «Sal de aquí, perezoso. Tu debiste dar las tierras en arriendo, pues con eso ganabas tú y ganaba el mercader de Cartago y la riqueza se distribuía para la necesidad de los muchos. En cambio contraíste una deuda, estéril para todos, salvo para ti que te dió holganza. Toma tu morral y tu cayado y busca en el mundo mejor ocupación.» Y hablando así se volvió a sus servidores y les dijo: «En verdad, os digo, que aquél que guarda sus posesiones para sí, quitado le ha de ser cuanto tenía y aquél que administra su hacienda recibirá con creces.»

José B. Acuña

Marzo 3, de 1927.
San José de C. R.

Um romance de vida bohemia

Mocidade morta de Gonzaga Duque, escriptor brasileiro

Especial para REPERTORIO AMERICANO

DE Gonzaga Duque, o phraseador elegante e fino de *Mocidade morta*, só podemos, dentro ou fóra da nossa literatura, dizer coisas favoráveis. Na florescencia da arte nacional, elle, sem discussão, é rosa de perfume extranho, toda originalidade e côr; e é, no jardim dos climas esthéticos, a deliciosa violeta tropical das mattas brasileiras.

Não copiou ninguém; ninguém o copia.

Esta é a sua qualidade, o seu triumpho, a sua gloria.

Para possuir a visão ampla da belleza é necessario estudar como estudou Gonzaga Duque. É indispensavel pintar, ao menos intencionalmente, quadros psychologicos que equivallem a traços de pincel sublime. É imprescindivel interpretar nobre, solenne, profundamente, a alma das tintas. E por isto mesmo, ao desaparecer o cérebro fulgurante desse pranteado estheta, até hoje outro não o substituiu em tão difficil mysterio.

A prova induscutivel está nos capitulos mágicos de *Mocidade morta*, o romance das eleições sociaes e das decadencias dolorosas, porque só Gonzaga Duque soube levar á tela espiritual da palavra o martylogio dos torturados.

São gemidos os seus conceitos. Os seus vocabulos são lágrimas. Cada scena é um drama desses que dentro do coração dos infelizes passa e perpassa, diariamente, perennemente.

Trata-se de retrato perfeito do ambiente intellectual do Rio de Janeiro, ainda pouco antes da proclamação da República. E é photographia revoltada de un cancro, a manar feiuras e a jazer na poeira da indifferença. Não é absolutamente uma tentativa.

O livro é algo definitivo, formoso e modelar, sobre tudo si o compararmos com esboços surgidos no paiz, a respeito da vida dos nossos artistas. O autor não era estreante, nem tampouco experimentador da chimica complicada dos phonemas; cá pela terra, não muitos collegas possuía de seu alto prestigio. Parece que... Não. Fugamos de paralelos.

Euclides de Cunha, Raul Pompéia e Gonzaga Duque, no estylo americanista e espontâneo, não conheceram rivaes. Eis a causa de serem apenas os tres membros gloriosos desta gloriosa trindade, os únicos capaces de burilarem o que burilaram. Não ha duvidar. É de jurar-se que o admiravel Machado de Assis, apezar das suas exquisitices, não trabalharia o assumpto de *Mocidade morta*.

Ha obras assim; thema e forma dependem exclusivamente do temperamento do escriptor. Umas, então, se tormam inconfudiveis. *Os sertões* e *O átheneu* não podem, de modo algum, cahir no nível em que dormem as imitações dos francesismos forjicados pelos incapazes. Ora, *Mocidade morta*, em se considerando isso de características proprias, implagiaevis, naturaes, completa o esforço

do genial ourives que foi Raul Pompéia e do assombroso esculptor que foi Euclides da Cunha.

Ao garantir-se que Machado de Assis, (esta grande fonte de scepticismo) não produziria as doídices sublimes que revelou Gonzaga Duque, faz-se affirmação doutrinaria.

Aquelle, é serenidade fria. Este, não, é cascata tumultuosa, contrahida ás ladas dos rochêdos da arte. Um, é ironia. Outro, é rebellião.

Emquanto o primeiro tece doçuras amargas e sussurra, o segundo, vulcão, sufocado pelo manto da inadaptação a um meio imbecilizado, ruge lavas de odio o de encantos aos céos longinquos da posteridade.

São, é incontestavel, dois temperamentos. Ambos enormes e profundos. Ambos veneraveis. Ambos elevadamente e apothéoticamente delineados em scenarios de inmortal, fecunda a pujante victoria. Mas, e sobre tudo, ambos diversos.

Em *Mocidade morta* as personagens são cultas. O livro é o estuario das crenças de uma geração artistica. Os odios, as questiúnculas, as intrigas, ao lado dos successos, philosophicamente concatenados, figuram nas suas páginas fortes. Tambem a miseria material e social, com o cortejo de bohémias que a segue, ali está, clara, estupenda, arrogantemente contada. Não falta, um risco. As côres são as precisas. As personagens...

Separemos os dois principaes actores: Camillo e Agrario. Agrario e Camillo, nos seus actos e nas suas doutrinas, representam duas theses. Exemplificam. Symbolisam.

Camillo é a insubmissão, Agrario é a conformação. Agrario é a volubidade interesseira, vencivel e vencedora. Camillo é a inteireza, a rijesa, a constancia altruista, vencida sempre dentro do meio idiota e

sempre vencedora nas ameias psychicas do ideal. Camillo não se curva: é teimoso em sonhos. Agrario colleia: é maleavel em todas as suas aspirações. Agrario nasceu para commandado. Camillo nasceu para commandante. Atacado, incomprendido, afastado, Camillo fere avança cáe ou aniquilla. Desafiado, Agrario foge, finge e abraça o adversario. Agrario pretendeu fazer pintura nova e acabou borrando retratos burguezes de comendadores. Camillo, paladino valente da causa transmutadora, sacrificou-se ao seu pensamento e viu passarlhe a vida sem os lucros dos applausos e das consagrações officiaes.

Amante, Agrario abandona a mulher pelos barulhos que lhe proporcionariam uma ida a Paris.

Camillo é o D. Quijote destes tempos. Agrario é o Sancho Panza esperto e disfarçado da nossa arte franzina e fútil. De verdade, Agrario tomaria conta de um balcão, e com competencia, emquanto Camillo, homem de cérebro, dirigiria lóas á lua, ao mar, ás estrellas...

Agrario e Camillo, no emocionante romance de Gonzaga Duque, sao es dois elementos básicos. Todavía, outros ha que patenteiam importancia. Henriette, por exemplo.

Henriette é a mulher da obra, a indispensavel. Ella, talvez, tivesse no peito ideaes de honestidade e, comtudo, viveu na lama. Deixou o apatacado burguez pelo pintor. O artista abandonou-a pelo êxito. Camillo, porem, a amou. E a desillusão—quem sabe!—das magoas passadas, fizeram que Henriette não seguisse o homem que a idolatraria, eternamente...

Alma femenina! Que de coisas maravilhosas e téticas ha num coração enygmático de mulher!

Vargas Vila, no seu phrasear, mostra-a pútrida e inconstante sempre, incarnada em Magdalena, a amante de Jesús. Gonzaga Duque, não; é mais observador, é mais realista e é mais romântico. Vê-a tal qual a verdade manda...

Mutações, ondulações, atribulações intimas, tudo elle revêla, como consequencia

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

das imposturas sociaes e das estúpidas sensações do macho, que offende, desrespeita, amesquinha a victima, a escrava, a mulher.

Alma feminina.—é espelho onde passeiam visões de odio e de paixão. É mundo em chamma, é gelo polar, é tudo, conforme seja ou não seja entendida pelo despotismo, pela arrogancia, pela materialidade do homem. Nella cabe a maldade e a grandeza da benevolencia cabe. E os seus gestos são mais possantes que outros quaesquer. Si de hypocrisia, não comparal-os. Si de sinceridade, não parisal-os. Na adversidade, como na fortuna, move-se com violencia, fremementemente...

Henriette, a loira francezinha, éra assim. Uma camelia devorada pelos raios do sol, perfumosamente branca, tocada delicadamente por todas as brisas...

Gonzaga Duque não inventou temperamentos, nem typos. Em *Mocidade morta* nada ha irreal.

O romantismo é da phrase, é do brilho argênteo do periodo basto, magnânimo, sumptuoso. Não é do assumpto. Lembra um Balzac alliado a um Flaubert. Talvez um Zola dentro de um Renán. Algo nobrememente livre e decisivo, algo inimitavel, algo nervoso num marmore de linhas impeccaveis.

Tal é Gonzaga Duque, que o seu romance não pode absolutamente soffrer paralelo.

Mocidade morta é o livro que os grandes escriptores só escrevem uma vez. Depois, com o estudo, com o tempo, com a prática, é natural que trabalhem grammaticalmente melhor, porem jamais de modo mais sentimental e artistico. Não escorregarão, após, em regrinhas difficeis, em preceitos moveis, em didáticas imposições, mas, em com-

penção, hão de tropeçar constantemente nos vãos arrojados do genio e na inspiração mágica do estylo.

Foi assim que fez Gonzaga Duque. Melhorou, é indiscutivel, na construção grammatical da phrase. Alinhou os conceitos mais regularmente. Cozeu os temas com harmonia. Entretanto, não concebeu rythmos, nem rebeldias, nem fulgurações, posteriormente, que suplantassem os méritos de *Mocidade morta*.

Este, é livro dos que ficam. É, de facto, molde para futuros trabalhos, por tudo. Porque é uma tela e porque é uma doutrina, Sinão...

Além da psychologia, além da sociologia, *Mocidade morta* expõe theses de character nacionalista, que lhe dão sabor brasileiro. Fala de esthesia tropicalmente patriótica e germinadora. Propala uteis e regeneradores principios que conferem ao autor o titulo justo de apóstolo. Não quer estrangeirices. Combate por nós. Luta pela nossa tradição, pelo nosso presente é pelo nosso futuro. Enthusiasma. Fulmina. Escalpella. Escalpella. fulmina e enthusiasma, en pról do sólo, da gente e da moral nocionaes. Tudo por nosso brio. E que a labuta intellectual de Gonzaga Duque se não perca, é e deve ser o desejo de todos os filhos do paiz riquissimo que se honra de pertencer-lhe o escriptor illustre, que foi sua gloria e é seu orgulho.

SYLVIO JULIO

Este artigo faz parte do livro *Idéas e combates*, que apparecerá no Rio de Janeiro em Março de 1927.

Dirección de Sylvio Julio:
Rua Real Grandeza 80, Casa 5.
Rio de Janeiro, Botafogo, Brasil.

Buen comienzo el del general Chacón...

Bogotá, 16 de noviembre de 1926.

Señor don Alejandro Córdoba,
Guatemala.

Muy distinguido amigo:

De lejos han de llegarle también felicitaciones por la reaparición de *El Imparcial*. Quiero que de Colombia la primera sea la mía. A ese país, que tiene tentáculos de simpatía que agarran hasta apoderarse para siempre del alma de quienes en él se detienen o por él pasan, sólo le faltaba esa libertad a cuyo amparo los más graves problemas se resuelven. La suspensión de garantías por simple decreto ejecutivo, enfermedad que padecemos en Colombia hace un cuarto de siglo, es cosa anacrónica y vitanda en un país que, como Guatemala, conoció, después de los horrores de la dictadura, las embriagueces del golpe emancipador que acabó con el tirano.

Buen comienzo el del general Chacón al iniciar la concordia. Hoy los pueblos no pueden anidar con el viejo caudillismo y los viejos partidos saturados de odio. Los gobiernos que convienen han de ser los integrados por hombres probos y de capacidades. Las escarapelas de tonos encendi-

dos no quedan bien sino en los carnavales.

He deplorado la muerte del general Orellana, a quien no conocí, pero de cuyas condiciones personales me formé alta idea por el dolor de su pueblo. De sus errores se ocupará la historia, pero su sencillez y su patriotismo, redentores aun en el error, quedan ya como ejemplo, o sea como valores adquiridos.

Muy breve fué mi permanencia entre ustedes, pero la impresión que me causaron se la dirá muy bien este cariñoso interés con que los sigo. Para usted, para su periódico, para su tierra deseo mil felicidades.

Su amigo afectísimo,

LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO

(*El Imparcial*, Guatemala).

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Bibliografía titular

Los impresos de la semana

De Han Ryner (38 quais des Celestins. Paris 4e):

Marie Blossier: *Les voyages de Psychodore de Han Ryner* (Essai-critique) Paris, 1924.

Han Ryner et André Lorulot: *La Morale peut-elle sa passer de la Science?* Editions de *L' Idee Libre*. 1925.

La Vérité sur Jésus. Controverse publique entre M. M. le Dr. Couchoud et Han Ryner. Edition de la Revue *L' Idee Libre*. 1926.

De Gonzalo Zaldumbide. (Ave. Elisee Reclus, 10. Paris):

Medardo Angel Silva: *Poesias escogidas*. Editorial EXCELSIOR. Paris. 1926.

Del Gobierno del Estado de Veracruz, México:

La cuestión religiosa en Veracruz. Jalapa. Enriquez. 1926.

De la Carnegie Endowment For International Peace (405 West 117th. Str. New York City):

Observations in Egypt, Palestine, and Greece. A Report by Dr. Henry S. Pritchett.

Del Museo Nacional, México, D. F.:

El lienzo de Jucutacato. Su verdadera significación, por Miguel O. de Mendizabal. México. 1926.

De la Secretaría de Instrucción Pública, Panamá:

El Día del Libro en Panamá. 28 de agosto de 1926. Panamá. Imp. Nacional. 1926.

Memoria que el Secretario de Instrucción Pública presenta a la Asamblea Nacional de 1926. Panamá.

De The Hispanic Society of America (156th. Str. West of Broadway. New York City):

Revue Hispanique. Números 149 y 150 con: H. R. Lang: Contribution to the Restoration of the *Poema del Cid*.—La Historia de la Poncella de Francia. (Sevilla 1512) rédit par C. Savignac.

De la Secretaría de Relaciones Exteriores de México:

El nuevo edificio de la S. de R. E. de México,

De don Jorge Valle Matheu:

Proyecto de Ley por el cual se adopta el Código del Trabajo. Rep. de Panamá. Asamblea Nacional. Panamá, 1926.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones

Jorge Zalamea responde al Cuestionario abierto por el señor Vincenzi

Señor don M. Vincenzi.

San José de Costa Rica.

Mi querido amigo:

Ya en diferentes ocasiones había pensado en contestar a las preguntas encerradas en su interesantísimo Cuestionario del REPERTORIO, deteniéndome solamente al pensar que ellas requieren para su resolución una suma de conocimientos hartamente alejada de mis posibilidades. Únicamente el interés que usted personalmente me ha demostrado me anima para tratar de contestar a sus preguntas, mas haciéndolo en forma tal que ellas se concreten a una sola, que sería: ¿Cómo podría América garantizar su vida libre y soberana en el mundo? Sintetizando así su cuestionario, intentaré responderle echando mano de una serie de reflexiones nacidas en mi continuo vagar por tierras del Continente.

Ante todo es preciso que le hable de una cierta clasificación que me he hecho para mi uso personal y que se refiere a los pobladores de estas tierras. Tal clasificación es hartamente simple y se reduce a dividirlos entre rurales y urbanos. La población urbana de América, mi querido Vincenzi, me merece el menor aprecio posible. Creo que ella es un fermentadero constante de vicios de toda índole y que su flora está llena de enfermedades y debilidades. Es ella la causante de todos nuestros trastornos y de todos nuestros pecados, pues en ella creció nuestro político y creció nuestro periodista y creció nuestro clero y creció nuestro generalato. Si buscamos las características de esta población urbana veremos que ellas son: incapacidad para la apreciación del futuro, individualismo, irreligiosidad, tendencia a hacer de los fines políticos fines particulares, desprecio de los valores espirituales, predilección por los regímenes personalistas, ignorancia de las relaciones internacionales, parasitismo o burocracia, etc.

La población rural americana ofrece la más amplia compensación. En ella reúnen las virtudes que han hecho de muy numerosos pueblos grandes núcleos de cultura y de civilización. En nuestro indio la sobriedad, el amor por la tierra, la capacidad de labor física y la facilidad de asimilación intelectual, el entusiasmo, la religiosidad, la inconsciente generosidad se hallan constantemente sirviendo a los intereses de las clases urbanas que encuentran en tales virtudes otros tantos aliados para establecer su tiranía económica e intelectual.

La consideración de estos dos aspectos me obliga a creer firmemente que la salvación de nuestra raza se halla encomendada al campesino y que una futura cultura americana sólo podría ser una cultura agrícola. Pero si hemos visto que la educación de este pueblo se halla en manos poco dignas de la labor que les ha tocado en

CUESTIONARIO:

- 1.ª ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?
- 2.ª ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?
- 3.ª ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?
- 4.ª ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?
- 5.ª ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?
- 6.ª ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

suerte y que todo el problema llega a reducirse a un asunto económico-social, ¿cómo pensar en el establecimiento de un programa de educación campesina que logre desarrollar en el indio sus virtudes para que ellas puedan ser aprovechadas en la creación de la cultura americana? El problema no hallará su adecuada solución sino con el cambio de la organización política de nuestros pueblos y con la disminución del capitalismo y de su aliado el clero. En tanto que estos cambios no se efectúen, nosotros no podemos hacer otra cosa que lanzar una serie de reflexiones con el único objeto de que una docena de personas se interesen por ellas y las archiven en la memoria para su estudio o aprovechamiento en otras épocas y bajo distintas organizaciones.

En diferentes ocasiones y entre fronteras diversas se han hecho ensayos de educación popular muy dignos de tenerse en cuenta, no obstante los errores que precedieron al nacimiento de sus programas. Por ejemplo, existe en México la escuela indígena y el departamento encargado de incorporar el indio a la civilización. También se ha ensayado la llamada cultura estética, por medio de la cual se procuraba dar al indio audiciones de Beethoven y lecturas de los clásicos. Todos estos esfuerzos van contra la América misma, pues ellos no hacen sino urbanizar, lo cual corresponde, dentro de mi sentir, a corromper. Y si no véase el resultado de la escuela indígena mexicana: el indio «incorporado» a la civilización desdeña el regresar a su tierra, se instala en la ciudad, entra en competencia con los profesionales de ella, vence o es vencido y sus estudios quedan perdidos para el núcleo en el cual nació. Por estos medios se da al campesino una educación urbana, lo cual es tan absurdo como pretender estudiar psicología en una escuela dental.

Dentro de mi programa de educación popular quedaría establecido que los educadores irían al pueblo, ruralizando sus métodos,

«aterrizando» sus enseñanzas. Para esta clase de labor el maestro ambulante parecerme el ideal. Este maestro iría por los campos enseñando al mismo tiempo de la recolección o de la siembra, interviniendo en los trabajos campesinos, mezclando su enseñanza a la acción, en modo tal, que el campesino no se diese cabal cuenta de que era enseñado sino más bien tuviese la sensación de que había *inventado* o *descubierto* todo aquello que de la noche a la mañana descubriría dentro de sí mismo.

Ampliando este programa de acción educativa llegaríamos al aprovechamiento total de las condiciones de nuestro indio y al principio de una era cultural desconocida en el mundo; era cultural que debería caracterizarse por el libre y juicioso desarrollo de las virtudes de la raza, ya enumeradas.

Es menester no perder de vista que entre las características de nuestra población indígena se hallan la religiosidad y el amor a la tierra. Estas dos virtudes tendrían que ser objeto de un cultivo especial por parte del educador de nuestro pueblo y el germen, o base, de la gran construcción cultural americana. Hasta el momento el instinto religioso ha sido empleado únicamente como instrumento propicio al desarrollo de comunidades religioso-económicas ligadas al Estado por compromisos electorarios; el amor a la tierra ha sido el cómplice del capitalismo y de la organización feudataria que han llevado al indígena a vivir en condiciones lamentables desde el punto de vista económico. La gran labor salvadora consistiría en la lucha contra los dos poderes coaligados, tratando de reemplazarlos por instituciones de orden más elevado. La comuna agraria podría ser la salvación económica de nuestro campesino; ella establecería la distribución justa de la propiedad rural y daría al indígena la posesión de aquello para el cual guarda su mente y su corazón un cariño más entrañable. En cuanto al asunto religioso, es preciso considerarlo con el mayor detenimiento ya que él es esencial dentro de la vida de los pueblos y ya que el instinto indígena religioso desarrollado en un nuevo sentido daría la clave de nuestra salvación política.

Es el momento de referirme al punto central de mis reflexiones: el de la misión histórica americana. Día por día, momento por momento, el convencimiento de que los pueblos necesitan saturarse de la responsabilidad histórica para lograr su máxima grandeza y su lógico desarrollo se impone con mayor fuerza a mi entendimiento. La ejemplarización histórica lo muestra suficientemente: todas aquellas naciones que han creído firmemente en que su vida estaba señalada para llenar una nueva necesidad mundial triunfaron plenamente. Así Grecia, así Roma, así esta nueva Rusia que por fin verá cumplida la profecía antiquísima

que le prometía la creación de la tercera Roma en su territorio. El día en que América haya sabido cuál es su misión histórica, el día en que sus habitantes crean en esa misión la era de la cultura americana habrá empezado para el mundo.

Tratar de proclamar desde ahora nuestra verdadera misión es imposible. La vida universal atraviesa por un período de agitación desconocido anteriormente; algo va a nacer en nuestro siglo, algo se prepara en alguna parte del universo, pero todos los cerebros se pierden en conjeturas sin lograr fijar el centro de la agitación, su fuerza, sus corrientes, sus fines. Paul Valery estudia la crisis del espíritu y no se atreve a ensayar una respuesta; Keyserlin busca en España el futuro polarizador de Europa; grupos numerosos esperan la solución mirando hacia Moscú; Francia e Italia se agarran desesperadamente al nacionalismo; el Japón ensaya la propaganda pan-asiática como una defensa económica contra Inglaterra y los Estados Unidos que, a su vez, libran la batalla aduanera de la China; América busca desesperadamente la manera de defenderse contra el imperialismo económico. Entre tanto los valores morales y espirituales se borran rápidamente o corren al cobijo de un cerebro que estalla de pronto en una humareda filosófica o socialista. El momento es poco propicio para aventurar una predicción o para fijar las líneas dentro de las cuales se haya de desarrollar la misión americana. No obstante, es preciso abordar de cualquier modo el problema, aunque muchos puntos de él se nos escapen.

Veamos a América como un hogar necesario para Europa, consideremos su extensión geográfica, su riqueza propia, el pequeño número de sus habitantes y opongamos el panorama de un occidente pletrónico de población, con el suelo esterilizado por una producción de siglos y acosado por necesidades económicas a las cuales ya no puede corresponder. Necesariamente un día América tendrá que ser la acogedora de todas aquellas fuerzas que no hallan el ambiente propicio a su desarrollo, el crisol en el que habrán de fundirse todas las nacionalidades y todas las razas para llegar a producir aquello que José Vasconcelos llamó en su último libro «la quinta raza», y cuyo centro colocó en la portentosa región amazónica.

La religión de esta quinta raza es, desde nuestro punto de vista, el compendio de nuestra misión histórica.

Tenemos, pues, amigo Vincenzi, un nuevo punto de vista para la educación de nuestros pobladores indígenas, punto de relación que dará las normas a los futuros educadores ambulantes.

Supongamos por un momento, suposición que preveo grata para el creador de *Atlante* y de *Morópolis*, que ha sido llegado el momento de la gran inmigración europea a América, que el Atlántico se fatiga ya con centenares de barcos que vienen a depositar en nuestras playas el gigantesco número de los desterrados voluntarios, que nues-

tro suelo se colma con las plantas de todos los occidentales que no hallaron en el territorio europeo el lugar donde clavar las cuatro piedras de la hoguera familiar. ¿Qué clase de hombres son los que van a tenderle las manos amigas y a confundir su sangre con ellos? Tal la preocupación de la Europa emigrante, tal nuestra preocupación futura.

No olvidemos que los pobladores nuevos de América traen auestas una cultura, una tradición, una civilización y por lo tanto un orgullo; que el encuentro con razas desprovistas de cultura, de tradición y de historia les indicará a ellos el camino que deben seguir en sus relaciones, camino que no sería otro que el de una nueva conquista y el de una nueva colonización. Impedir esta nueva conquista, impedir esta nueva colonización, tal el deber de la América presente. ¿De qué modo?

Por la educación que hoy demos a nuestro pueblo, educación más que todo moral, ya que los valores morales serán los únicos que nos den la igualdad necesaria para el momento del encuentro. Hasta qué punto una ensoñación desordenada me ha empujado por estos inexplorados caminos, es cosa que debe usted resolver; hasta qué punto tengo razón en mis predicciones y en mis reflexiones es cosa que sé yo y que mañana sabrá América; a usted y a todos los que se interesen por el futuro más que por el presente, les toca buscar los caminos por los cuales haya de seguir nuestro educador para hacer de los pueblos americanos un conjunto de igualdad cultural que no haya de inclinarse mañana ante los frateros invasores.

Y no olvidar que el pueblo de América necesita conocer ya su misión para prepararse a cumplirla de modo digno.

Lo abraza afectuosamente,

JORGE ZALAMEA

San José de Costa Rica,
7 de marzo de 1927.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE
Número suelto Un SOL
Apartado N.º 176. Lima, Perú.

El No. 1 de *parís-américa*

Hemos recibido el primer número de la Revista *París América*, publicado por la Casa Editorial del mismo nombre, (14 y 16, Boulevard Poissonnière, París) y que se vende al precio de 4 pesetas.

El sumario, que es interesantísimo, publica las siguientes novelas completas: *Tres Cuentos inéditos*, por José Vasconcelos; *El Marqués de Lumbria*, por Miguel de Unamuno; *Los Tres Amores de Benigno Reyes*, por John Antoine Nau; *Córdoba del Recuerdo*, por Arturo Capdevila; *Magín*, por Eugenio d'Ors; y la *Tapera del Cuervo*, por Javier de Viana.

Además publica artículos sobre Cinematografía, Música, Bibliografía, Opiniones de publicistas franceses sobre la ocupación de Nicaragua por Norte América; Siluetas literarias, por Max Daireaux; etc., etc.

Para el segundo número se anuncian seis obras completas de Armando Palacio Valdés, Gabriela Mistral, Francis de Miomandre, Antonio de Hoyos; Augusto d'Halmar y Ricardo Palma.

En la Adm. del *Repertorio* hay ejemplares disponibles del 1er. número de esta excelente publicación.
Precio del ejemplar: ₡ 3.

Agencias del "Repertorio Americano"

Queremos establecer Agencias del *Repertorio* en el exterior.

A razón de 10 cts. oro americano el ejemplar, remitiremos a cualquier país del mundo los que se nos pidan.

Rogamos a nuestros numerosos amigos en el extranjero (ciudades de América) que nos recomienden personas o Agencias idóneas por su actividad y honradez.

Agencias ya establecidas:

- En Managua, Nicaragua: Don César Peñalba.
- En Panamá, R. de P.: Don Juan B. Thibault.
- En San Pedro Sula (Honduras): Don Salomón Ibarra.
- En Sta. Tecla (El Salvador): Don Manuel Barba.
- En San Salvador (El Salvador): Don Salvador Cañas. Colegio «García Flamenco».
- En Guatemala (R. de G.): Don Manuel Soto M. 4.ª Calle Oriente 27.
- En Valparaíso (Chile): Don Macario Ortes Ruiz. Casilla 4239.
- En México, D. F.: Don J. López Méndez Apartado 1912.
- En Lima (Perú): Librería «Minerva». Sagástegui 889.

La suscripción anual, aislada y directa: \$ 6 oro americano, que pueden remitirse en forma de giro bancario sobre Nueva York.

Dirigirse al Sr. Adr. del REPERTORIO AMERICANO
Ap. Letra X
San José de Costa Rica, C. A.

Martínez Sierra

Visto por SOLANO.



Señor Don J. García Monge, Director del REPERTORIO AMERICANO.

Pte.

Señor Director: llego ahora a su tribuna de usted, que es de las más altas de ambas Américas. El REPERTORIO que usted dirige, entre el aplauso de los mejores escritores del habla castellana, significa, también para mí, el verbo de una vasta redención espiritual: se quiere la unión con España, con el tronco primitivo de nuestra cultura cervantina; se desea la liberación económica y espiritual de todos estos países; se pide la cristalización de una nueva cultura, en su REPERTORIO, dentro de una amplitud de miras digna de las necesidades de estos pueblos. Y, dentro de todo esto, escribir, en mi calidad de español, para su revista, es tarea ardua que, sin embargo, me llena de satisfacciones. Yo lo felicito a usted por su obra meritísima y dejo, en homenaje a la tierra que usted cultiva, un nuevo propósito de investigación.

¿Querría usted, señor García Monge, preguntar a los escritores americanos qué tarea es posible asignar, en nuestros desvelos sociales, a la mujer americana?

Soy de usted atto. S. S.,

San José, 5 de Marzo de 1927.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

Berta Singerman en Costa Rica



Hoy llega a San José la ilustre artista Berta Singerman. El REPERTORIO AMERICANO en diferentes ocasiones ha reproducido en sus páginas comentarios arrancados a los mejores escritores españoles y americanos por el arte extraordinario de quien ha venido a revolucionar la estética teatral y las formas de la declamación poética.

Gracias a Berta Singerman los poetas latino-americanos han sido más profundamente conocidos en España; gracias a ella entre las naciones de nuestro Continente se ha podido establecer un verdadero intercambio espiritual que producirá los mejores resultados en el desarrollo de nuestra cultura porvenir. Con razón decía algún escritor que es ella el mejor agente diplomático de la América Latina.

El Comité Pro Berta Singerman prepara a la famosa artista argentina un recibimiento digno de su categoría. Él ha convidado a numerosas personas que irán a rendir el primer homenaje de nuestra ciudad a la señora Singerman. El REPERTORIO AMERICANO, al presentarle su respetuoso saludo y darle su bienvenida, hace suya también la invitación del Comité y la extiende a toda nuestra sociedad.

Koolau el leproso

Reproducimos este cuento del famoso escritor norteamericano JACK LONDON, para que los partidarios de la intervención capitalista yanqui en Centro América, vean la manera cómo uno de los más altos representantes de la intelectualidad en los Estados Unidos, considera la intromisión capitalista en los pueblos pequeños y la fervorosa admiración que lo hace cantar el espíritu libertario de Koolau, el leproso.

Y porque estamos enfermos, nos quitan la libertad. Hemos obedecido las leyes. No hemos hecho daño a nadie. Y, sin embargo, quieren encerrarnos en sus calabozos. Sí, Molokai es un calabozo. Allí se llevan a nuestros enfermos, para aislar la epidemia, según dicen; pero lo cierto es que nadie vuelve de Molokai. Todos lo sabemos. Aquí tenéis a Niule. Hace siete años que le robaron a su hermana para llevársela a Molokai. ¡Y ya no la ha vuelto a ver! ¡Ni la volverá a ver jamás en la vida!

Koolau hizo una pausa para tomar aliento, y continuó su arenga:

—...Allí ha de permanecer hasta morir. Ella no lo quiere. Niule tampoco. Pero tal es la voluntad de los hombres blancos que imperan sobre nuestra tierra. ¿Y quiénes son los blancos? Todos lo sabemos. Nuestras eran las islas, porque fueron de nuestros padres y de nuestros abuelos. Pero los hombres blancos vinieron un día como si fueran mansos corderos, y hablándonos humildes y afectuosos, porque entonces éramos muchos... muchos y poderosos... y las islas eran nuestras. Nos hablaban humildes y afectuosos porque nos temían. Vinieron dos clases de hombres blancos. Los unos suplicaron que les concediéramos nuestra autorización, «nuestra generosa» autorización para predicar la palabra divina. Los otros pedían nuestro permiso, «nuestro generoso» permiso para comerciar con nosotros. Así comenzaron las cosas. Hoy son tuyas las islas enteras, la tierra entera, y los rebaños, y las casas, y los hombres. ¡Todo, todo, todo!... Tanto los que predicaban la palabra divina, como los que predicaban las excelencias del ron, han arramblado con todo y se han hecho amos y señores. Viven como reyes en casas enormes, con numerosas habitaciones y muchedumbre de criados que les atienden y sirven. Los que llegaron desnudos, hoy lo poseen todo, Y cuando vosotros, o yo o cualquiera de los kanakas pedimos con qué aplacar nuestra hambre, los hombres blancos se ríen y nos contestan: «Bien está. ¿Por qué no trabajáis? Ahí tenéis las plantaciones».

Koolau hizo una pausa nuevamente. Levantó la mano y alzó entre sus nudosos y retorcidos dedos la resplandeciente guirnalda de hibisco que coronaba sus negros cabellos. El rayo de la luna bañaba el paisaje en un fulgor de plata. La noche serena inspiraba paz y quietud; pero cuantos, sentados al rededor de Koolau, escuchaban sus ardientes palabras, parecían más bien los supervivientes derrotados de una batalla. Los rostros leoninos, comidos por la lepra, dibujaban extrañas muecas y contorsiones. Aquí se percibía un espacio vacío, como una gran boca que bostezara, en el lugar que debiera ocupar la nariz; allí un muñón sangrante reemplazaba a la desprendida mano. Aquellos cuarenta seres humanos, hombres y mujeres, llevaban indeleblemente marcado el estigma de la lepra sobre sus frentes, más que pálidas, cadavéricas.

Yacían sentados, coronados con guirnaldas de flores, bajo el manto perfumado y luminoso de la noche, y con entrecortadas palabras que temblaban en sus labios y con gruñidos de aprobación que salían raspando de sus gargantas, coreaban el discurso de Koolau. Criaturas extrañas, que un tiempo fueran seres humanos, hoy parecían monstruos deformes y caricaturas grotescas de la humanidad, con sus miembros horriblemente mutilados y retorcidos, como si hubieran sufrido eternamente todas las torturas de un infierno inacabable.

Las manos, cuando existían, semejaban afiladas garras de ave de rapiña. Los rostros desencajados, descompuestos, se retorcián y amasaban en absurdos dislocamientos, como si un dios del mal, extraño y caprichoso, los hubiera concebido en horas de locura. Se percibían por doquiera miembros y facciones que el loco dios hubiera dejado a medio modelar, y hasta el rostro de una de las mujeres goteaba sin cesar lágrimas abrasadoras por dos horribles cuencas que reemplazaban a los perdidos ojos. Algunos gruñían su dolor con desesperados gemidos, otros tosían con seca tos que sonaba como desgarradura de tela, y dos de ellos, que eran idiotas, parecían enormes monos a medio formar, de tan horrible apariencia, que a su lado semejarían ángeles los más deformes cuadrumanos.

Todos gesticulaban y prorrumpían en confusas charlas, coronados con mustias guirnaldas de flores de oro, bajo la rosa de plata de la luna llena. Uno de ellos, con hinchado lóbulo de la oreja colgando como flácido abanico sobre los hombros, decoraba con esplendorosas flores de pétalos escarlata y anaranjado la monstruosa oreja, que se agitaba a cada movimiento como si fuese una gran ala.

Y Koolau era rey; rey de todas aquellas cosas. Y su reino era aquel despeñadero, aquella empinada garganta florida, con peñascales y combos acantilados, de donde brotaban incesantemente balidos de cabras silvestres. Por tres de sus cuatro costados se levantaban deformes y formidables murallas de roca, festoneadas con fantásticos encajes de vegetación tropical. Sobre los muros se percibían las cuevas naturales que servían de rocosos cubiles a los súbditos de Koolau. Por el cuarto costado se hundía la tierra, formando un tremendo abismo, y allá abajo, en la lejanía, se distinguían las cimas de picos y roquedales menos elevados, a cuyos pies se agitaban las alborotadas aguas del océano Pacífico. Se necesitaba que el tiempo fuese extraordinariamente sereno para que las embarcaciones pudieran atracar en las riberas rocosas que señalaban la entrada del valle de Kalalau, y sólo un montañés, dotado de mucha sangre fría, podría trepar desde la ribera hasta las cumbres del valle, semejante a una bolsa abierta entre las montañas donde asentaba el reino de Koolau. Pero el montañés habría de tener la cabeza muy firme y conocer palmo a palmo los caminos de las cabras salvajes para no sufrir el vértigo de las alturas. Maravilla parece que aquel puñado de carne lacerada que constituía el pueblo de Koolau hubiera sido capaz de arrastrar su impotente miseria sobre los vertiginosos senderos de las cimas montaraces.

—Hermanos—comenzó a decir Koolau.

Pero una de aquellas caricaturas simiescas prorrumpió en salvaje alarido de locura, y Koolau hubo de aguardar a que la penetrante carcajada del idiota, rebotando entre las murallas de roca, se apagara como eco lejano en el silencio de la noche tranquila.

—Hermanos, ¿no os parece extraño? Nuestro era el país, y he aquí que nada nos

queda. ¿Qué nos dieron por la tierra perdida los predicadores de la palabra divina y los charlatanes que publicaban las excelencias del ron? ¿Habéis recibido alguno de vosotros un solo dólar, la miseria de un solo dólar por la tierra perdida? ¡Y sin embargo se han hecho dueños del país! ¡Y nos contestan que vayamos a trabajar la tierra, la tierra de ellos, para que suyo sea también cuanto produzcamos con nuestros sudores y nuestro trabajo! Y en

los días lejanos, antes de que los hombres blancos vinieran, no había necesidad de trabajar. Y ahora, cuando estamos enfermos, nos quieren quitar la libertad...

—¿Quién trajo la enfermedad, Koolau?—preguntó Kiloliana, hombre flaco y consumido que parecía un alambre, cuyo rostro de fauno hacía presentir las hendidas pezuñas de cabra, pero sus pies eran abiertos muñones de grandes úlceras y de podrida carne.

Sin embargo, era Kiloliana el más osado trepador de la banda; conocía todos los senderos de las cabras montaraces y había servido de guía al destrozado pueblo de Koolau en éxodo hacia los retirados escondrijos del valle de Kalalau.

—¡Ay! ¿quién trajo la enfermedad?—repuso Koolau—. Como no queríamos trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, aquellas plantaciones que sustituyeron a los pastizales donde apacentábamos nuestros caballos, trajeron de allende los mares multitud de esclavos chinos. Y con ellos vinieron las enfermedades que padecemos. ¡Y ahora nos quieren llevar presos a Molokai!

«Hemos nacido en Kauai. Aun cuando algunos hayamos vivido en las otras islas, en Oahu, en Maui, en Hawai o en Honolulu, no hemos podido por menos de volver a nuestra patria de Kauai, porque la amamos. Aquí hemos nacido, aquí pasamos la vida y aquí moriremos, en la tierra que nos vio nacer, a menos de que flaqueen nuestros corazones. No lo espero; tengo fe en todos vosotros. Mañana desembarcarán los soldados procedentes de Molokai. Los de corazón débil que se vayan con ellos a Molokai. Nosotros nos quedaremos en nuestra amada tierra de Kauai, prestos a combatir. Tenemos fusiles. Conocemos las estrechas sendas de las cabras, por donde los hombres han de arrastrarse uno por uno. Yo, Koolau, que fui un día vaquero de Niihau, puedo defender la senda contra mil hombres que se presenten. Yo solo haré que los soldados blancos se vuelvan más que de prisa a Molokai.

«Aquí tenéis a Kapalei, hombre honrado que fué juez un día, y ahora, como vosotros y como yo, no es más que un pobre enfermo perseguido. Oidle, porque es prudente y sabio».

Levantóse Kapalei. Había sido juez. Se educó en el colegio de Punahou y se había sentado a la mesa de los lores, jefes y altos representantes de las potencias extranjeras que velaban por los intereses de comerciantes y misioneros. Pero ahora Kapalei era un pobre perseguido, criatura hundida en la ciénega de la humana laceración, para quien ya no existía patria ni ley. Su rostro sin facciones era una masa de carne pocha atravesada por los orificios de la boca y de la nariz. Los ojos, sin párpados, brillaban bajo las peladas cejas.

—No os apesadumbréis—comenzó diciendo—, porque sois inocentes. Únicamente pedimos que nos dejen vivir en paz. Si turban nuestra soledad, suya será la culpa y sobre ellos caerá el castigo. Ya no me quedan dedos—añadió levantando la informe masa de sus manos para

que todos la vieran—, pero aún me resta una articulación del pulgar para tirar del gatillo tan firmemente como antaño. Amamos nuestra tierra de Kauai que nos vio nacer. Aquí hemos de permanecer, vivos o muertos; pero jamás iremos a la prisión de Molokai. No es nuestra la enfermedad. No hemos pecado. Los hombres blancos que predicaban la palabra divina, los que proclamaban las excelencias del ron, trajeron las enfermedades con los esclavos chinos que trabajaban en las tierras inicuasmente robadas. Yo he sido juez; conozco la ley y la justicia, y sé que no es justo robarle a un hombre su tierra, hacerle enfermar con la peste china y encarcelarlo luego para toda la vida.

—La vida es breve, y los días vienen preñados de amargura—añadió Koolau—. Bebamos y dancemos, pues, para gozar de toda la felicidad que la vida quiera depárranos.

Sacaron de una cueva vecina algunas calabazas llenas hasta rebosar del jugo ardiente que se extrae de las raíces del árbol *ti*. Fueron pasando de mano en mano y de boca en boca hasta que el fuego líquido de la ardorosa bebida, embriagándoles piadosamente, les hizo olvidarse de que un tiempo fueran seres humanos, convertidos hoy en monstruos de la Naturaleza. La mujer ciega, que goteaba lágrimas abrasadoras por las vacías órbitas de los perdidos ojos, estremecida tal vez por la vibración de la vida, pulsó las cuerdas de un *ukulele* y prorrumpió en bárbara canción de amor, tal como las que un día surgieran de las tenebrosas honduras de las selvas vírgenes del mundo primitivo. El aire parecía conmoverse ante el grito de amor, blandamente, seductoramente, sugeridoramente, y Kiloliana, ajustándose al ritmo del canto, bailaba sobre una esterilla la danza extraña e incomprensible del país, cuyos movimientos semejan caricias, seducciones y amor. A su lado y sobre la misma esterilla, danzaba también una mujer de carnosa espalda y abundantes senos, que parecían dar el mentís al rostro corroído por la lepra. Era la danza de la vida moribunda. Los cuerpos en desintegración sentían el estremecimiento de la vida que aún amaba, y añoraba y sentía deseos inefables. Y una y otra vez, aquella mujer ciega, de cuyas vacías órbitas goteaban lágrimas de fuego, levantaba su grito de amor, hecho música, y los danzarines del amor continuaban sus ritmos bajo el manto protector de la noche tibia, y las calabazas rebozantes del líquido embriagador seguían pasando de boca en boca, hasta poblar los cerebros de caprichosos deseos y recuerdos extravagantes. Sobre la misma esterilla, junto a Kiloliana y la gruesa mujer, danzaba una jovencita esbelta, de ágil figura virginal y de bello e immaculado rostro. Sus retorcidos brazos, que levantaba rítmicamente en el curso de la danza, mostraban la huella fatal de la enfermedad implacable. Los dos idiotas gesticulaban y emitían descompuestos y extraños gruñidos, y bailaban separados de todos una parodia grotesca, fantástica y torturadora que quisiera ser danza de amor. También la vida había hecho de ellos una parodia cruel y grotesca que quisiera ser humana.

De súbito, detuvo la ciega su cántico de amor, los bebedores apartaron de los labios las calabazas y cesaron en sus danzas los bailarines. Volvieron todos su atención hacia el profundo abismo que les separaba del mar. Un cohete luminoso rasgó, como pálido fantasma de la noche, el aire tibio bañado en el resplandor de la luna.

—Son los soldados—dijo Koolau—. Mañana comenzará la lucha. Conviene dormir y prepararse.

Obedecieron los leprosos y se arrastra-

ron hacia los cubiles de roca del acantilado. Koolau permaneció inmóvil, con el fusil entre las piernas, sentado al claro de luna, mientras que contemplaba la ribera lejana del océano, donde atracaban los botes de los soldados.

Indudablemente habían acertado en buscar el refugio que la cumbre del valle del Kalalau les ofrecía, porque, con excepción de Kiloliana, que conocía al dedillo los cortantes senderos que se alzaban por la parte posterior entre precipicios, no había nadie que pudiera ascender a la vertiginosa garganta sin atravesar la cresta de un cerro, afilada como la hoja de un cuchillo. Tendría aquella difícil senda tajada unos ciento cincuenta metros de longitud y no más de un pie de anchura. A uno y otro lado se abría el abismo como un gran bostezo. El más leve resbalón era la muerte inevitable. Al lado de acá del cerro se ofrecía a la vista el panorama de un verdadero paraíso terrenal. Un mar de vegetación cubría la tierra, desparramándose como alborotado oleaje sobre los muros roqueños, para desplomarse desde el borde de los acantilados como catarata de grandes enredaderas y romperse en la espuma de enormes helechos y aéreos árboles que brotaban de las infinitas grietas y junturas de las peñas.

Koolau y su pueblo habían tenido que luchar, durante muchos meses de su reinado, contra aquel mar de vegetación, para librar los bananeros, naranjos y mangos silvestres del torrente invasor y asfixiante de la selva salvaje. Crecía espontáneamente el arrurruz en pequeños claros del bosque; sobre las terrazas de los roquedales, donde se descubrían algunos surcos de arado, había pequeñas parcelas de taros y melones, y los *papaías*, cargados con la ofrenda de sus frutos de oro, crecían dondequiera que la selva dejara penetrar un rayo de sol.

Koolau se había visto forzado a retirarse del valle inferior, próximo a la ribera del mar, acogiéndose a este refugio inaccesible, y si de nuevo le obligaran a retroceder, ya sabía él de ocultos cañones y gargantas, fortalezas naturales escondidas en la espesura de los agrestes picachos del interior, donde su pueblo pudiera acogerse y vivir libremente. Antes de que ameciera se había arrastrado hasta el borde de la senda tajada, y allí, por lo pronto, yacía sentado junto a su fusil, escuchando a través de la enmarañada celosía del ramaje a los soldados que desembarcaban en la playa. Observó los largos fusiles que relampagueaban como espejos a la luz del sol naciente. Y veía que una fila de hombres, como minúsculas manchas lejanas, iban trepando a lo largo del atajo que conducía al difícil paso, cortante como el filo de un cuchillo. Según se acercaban, se les percibía más clara y distintamente, y Koolau se dio cuenta de que no eran sino individuos de la policía. Los soldados entrarían en juego más tarde, cuando la policía hubiera fracasado.

Koolau pasó la retorcida mano acariciadora por el cañón del fusil y se aseguró de que la mira estaba en condiciones. Diestro cazador de los salvajes rebaños de Niihau, había conseguido gran prestigio de tirador en la isla. Esperó a que se aproximaran las minúsculas figuras de los policías que se arrastraban trabajosamente sobre la senda, agrandándose poco a poco. Calculaba mientras tanto las distancias, consideraba la desviación que al cortar perpendicularmente la línea de fuego pudiera producir el viento, y se imaginaba los probables blancos que haría disparando sobre objetos tan lejanos y por bajo de su nivel. Pero no rompió el fuego ni reveló su presencia hasta que los policías alcanzaron el extremo de la senda tajada, opuesto

al que Koolau ocupaba. Entonces, sin dejarse ver y oculto entre la maraña de la vegetación, habló y dijo:

—¿A quién buscáis?

—A Koolau el leproso—replicó el jefe de la policía indígena.

—¡Retrocede o te mato!—añadió Koolau por toda respuesta, conociendo como conocía muy bien al representante de la autoridad, cuyo acoso le había obligado a salir de Niihau.

La persecución de aquel hombre le hizo cruzar Kauai y refugiarse en el valle de Kalalau, de donde también hubo de huir hasta la garganta de la serranía.

—¿Quién eres?—preguntó el *sheriff*.

—Koolau el leproso.

—Entrégate. Por ti hemos venido. Han puesto precio a tu cabeza y ofrecen mil dólares a quien te presente vivo o muerto. Ríndete. No hay esperanza para ti.

Koolau, oculto entre las breñas, replicó a tales palabras con una carcajada sonora.

—¡Entrégate!—ordenó imperiosamente el *sheriff*, obteniendo el silencio por toda respuesta.

Entonces conferenció con los policías, que se aprestaron a caer sobre el leproso. Koolau lo comprendió todo.

—¡Koolau!—gritó el *sheriff*—. ¡Koolau! Voy a cruzar el paso para detenerte.

—Entonces mira bien al sol, mira bien al mar y al cielo, míralo bien, porque no los volverás a contemplar jamás.

—Bien está, Koolau—dijo el *sheriff* afectuosamente—. Ya sé que tienes buena puntería, que te ofrezco un blanco seguro; pero sé también que no serás capaz de disparar. Yo nunca te hice daño alguno.

Koolau replicó con un gruñido.

—Tú sabes que nunca te quise hacer ningún daño. Tú lo sabes—insistió el *sheriff*.

—No; pero quieres llevarme al presidio. Esto no es ningún mal, ¿verdad? Vienes a buscar los mil dólares que vale mi cabeza. Esto es tampoco hacerme daño...—replicó con sorna el leproso—. Si quieres conservar el pellejo, no avances más.

—Tengo que cruzar el paso para detenerte en nombre de la ley. Lo siento Koolau, pero mi deber lo manda.

—No pasarás. Piensa que vas a morir.

Era el *sheriff* hombre bravo y osado, pero no pudo por menos de vacilar. Contemplaron sus ojos el abismo negro y profundo que por ambos lados le amenazaba, y luego se detuvo a mirar el paso cortante y afilado como la hoja de un cuchillo. El *sheriff* meditó unos momentos. Después, hecho el ánimo a todo, exclamó:

—¡Koolau!

Pero de la maraña del bosque no brotó réplica alguna. Sólo el silencio.

—Koolau, te ruego que no dispares todavía. Espera un momento.

El *sheriff* volvió al lado de los policías, dióles algunas órdenes y regresó de nuevo hacia el sendero de la muerte. Avanzaba lentamente, como si caminara sobre una maroma tensa, sin más apoyo que el aire intangible. La roca de lava se desmigajaba bajo sus pies y los cantos desmoronados se desprendían a uno y otro lado de la senda, sumergiéndose en las profundidades de las escarpadas simas. Resplandecía el sol sobre la frente del *sheriff* y gruesas gotas de sudor bañaban su rostro. Y siguió avanzando hasta llegar a la mitad de la senda tajada.

—¡Alto!—gritó entonces Koolau desde las matas salvajes que le ocultaban—. Un solo paso y eres hombre muerto.

El *sheriff* se detuvo, balanceándose para guardar el equilibrio. Estaba suspendido sobre el vacío, pálido el rostro; pero los ojos firmes y determinados. Lamióse los secos labios antes de contestar; luego dijo:

—Koolau, tú no eres capaz de disparar, lo sé. Confío en ello...

Y comenzó a caminar nuevamente; pero el choque de un balazo le hizo tambalearse y girar sobre sus pies. Pintóse en su rostro una expresión dolorosa, de amarga sorpresa, mientras vacilaba al borde del abismo. Quiso tumbarse a través, intentando una salvación imposible. Pero la muerte no tuvo misericordia. Unos instantes después, estaba vacío el paso cortante y afilado como la hoja de un enorme cuchillo. Y vino la avalancha; cinco policías se lanzaron a todo correr por la senda tajada, uno tras otro, en hilera sencilla, soberbios, firmes, impertérritos, mientras que el resto de la patrulla abría un fuego terrible contra los matorrales donde Koolau debía ocultarse. Necia locura; Koolau tiró cinco veces seguidas del gatillo tan rápidamente, que, enlazadas las explosiones de los disparos, imitaban un chirrido largo e intenso. Cambió de posición, y arrastrándose como un lagarto bajo la lluvia de balas que caían sobre los matorrales, se puso a observar. Cuatro de los policías habían seguido la misma suerte que el *sheriff*, y el quinto, aún con vida, yacía atravesado sobre la senda, a cuyo opuesto extremo permanecía el resto de los camaradas supervivientes, que habían cesado en sus disparos. Estaban sobre la roca, lisa y pelada. No había esperanza de salvación. Antes de que pudieran descender y ocultarse, Koolau podría dar buena cuenta de todos ellos. Pero no quiso disparar. Conferenciaron brevemente; luego, quitóse uno de ellos la blanca camisa, que agitó como bandera de paz, y seguido de los otros, avanzó sobre la senda cortada, en busca del camarada herido. Koolau permaneció inmóvil, sin dar señal de vida ni perderles de vista hasta que les vió retirarse y descender lentamente, trabajosamente, camino del valle profundo, hasta perderse a lo lejos como hilera viviente de minúsculas manchas lejanas.

Pasadas algunas horas, oculto en otro macizo de espesas breñas, observaba Koolau a un grupo de policías que intentaban la ascensión por las opuestas laderas del valle. Vió que las cabras montaraces huían medrosas ante los trepadores; que continuaban encaramándose, pendiente arriba. Koolau mandó en busca de Kiloliana, que vino arrastrándose como una culebra.

—No; por allí no hay camino alguno—dijo Kiloliana.

—Pues ¿y las cabras? ¿Cómo es que las cabras...?—preguntó Koolau.

—Las cabras trepan por el valle más cercano, pero no pueden escalar el nuestro. No hay camino posible, y no es de temer que esos hombres sean más hábiles que las cabras salvajes. Rodarán por los precipicios de la muerte. Observemos.

—Son valientes como ellos solos—añadió Koolau—. Observemos.

Y se sentaron uno junto a otro, al aire embalsamado de la mañana gloriosa. Las flores amarillas del *hau* pendían sobre sus cabezas. El aire estaba bañado en luz. Observaban. Allá abajo, en la lejanía, se veían las motas minúsculas de algunos hombres que se afanaban por escalar las pendientes. Sucedió lo inevitable, y tres de los más osados resbalaron. Se les vió rodar, deslizarse sobre las piedras y estrellarse contra el borde de un peñasco cortado a a pico, desde donde se desplomaron sobre el valle que se extendía a doscientos metros por debajo.

Kiloliana prorrumpió en una risotada.

—Ya no volverán a molestarnos—dijo.

—No—replicó—Koolau—; los policías no, pero ahora entrarán en juego los soldados.

La tarde se presentó pesada y soñolienta. La mayoría de los leprosos yacían dormidos en el interior de sus cubiles de roca. Koolau, que acababa de limpiarse y asearse, se entregaba al sueño, amodorrado junto a la entrada de su covacha, con el fusil en-

tre las piernas. La bella joven cuyos brazos retorciera horriblemente la lepra estaba tendida entre los matorrales, vigilando la senda tajada. De súbito, despertóse Koolau sobresaltado, al sentir el estampido de una explosión que retumbara a orillas del mar. Quedó inmóvil, aterrorizado. En seguida, percibió que el cielo se rasgaba de una estela de fuego. Parecía que todos los dioses hubieran agarrado entre sus manos la sábana azul del firmamento y comenzaran a rasgarla, como tela hecha tiras entre las manos de una mujer. Aquella desgarradura inmensa se agigantaba por momentos, más próxima cada vez. Koolau levantó los ojos alarmados, esperando tal vez algo terrible. Un instante después estallaba una granada, envolviendo en un surtidor el humo negro y denso la cumbre del acantilado que se alzaba por encima de su cabeza. La roca se deshizo en infinitas esquirlas y menudos fragmentos, que se desplomaron al pie del peñasco.

Koolau se pasó la mano por la frente sudorosa. Estremeciéndose de pies a cabeza y tembló: era la primera vez que veía la explosión de una granada, y aquello le parecía más horroroso que cuanto hubiera podido imaginar.

—Una—gritó Kapahei, como si de pronto sintiera la necesidad de contar las explosiones.

Pasaron sucesivamente otras dos bombas como pájaros de fuego que rasgaran silbando el aire, y cruzando por encima del muro de piedra, vinieron a reventar fuera del alcance de la vista. Kapahei siguió contando metódicamente. Los leprosos se reunieron, hechos una piña, al pie del peñasco. Sentíanse al principio terriblemente acoquinados; pero como las bombas continuaban cruzando sobre sus cabezas sin hacerles daño alguno, recobraron poco a poco su serenidad y la confianza, y comenzaron a contemplar con admiración el soberbio espectáculo que se les ofrecía. Los dos idiotas saludaban las explosiones con salvajes chillidos y prorrumpían en un verdadero trezado de grotescas cabriolas y volteretas cada vez que las granadas rasgaban el aire en estelas de fuego. Koolau empezó a recobrar la serenidad. No era de temer daño alguno. Sin duda que los blancos no podrían conseguir con aquellos artefactos monstruosos los certeros y precisos blancos del fusil.

Pero ¡ay! las cosas no tardaron en tomar otro cariz muy distinto; porque las balas comenzaron a caer más cerca por momentos. Una de ellas estalló sobre los matorrales próximos a la senda tajada. Koolau se acordó de la joven a quien dejó vigilándola, y acercóse corriendo para ver lo que hubiera ocurrido. Arrastróse a ras de tierra. Los matorrales humeaban todavía. Koolau se quedó petrificado. Las ramas estaban quebradas y hechas añicos. Se había hecho un enorme hoyo en el lugar que ocupaba la joven leprosa. Pedazos de carne desgarrada aparecían diseminados por el suelo.

Koolau contempló la senda tajada, y convencido de que los soldados no intentarían cruzarla todavía, regresó más que de prisa al lado de los suyos. Las granadas no cesaban de rasgar el aire, ululantes, gemebundas, silbadoras, y el valle se estremecía y reverberaba por efecto de las explosiones. Al llegar frente a las cuevas, observó que los dos idiotas jugueteaban de un lado para otro, asidos mutuamente de las manos por los muñones de los dedos putrefactos. De súbito, creyó ver que, junto a ellos, escupía la tierra un chorro de humo negro. Vibró luego una explosión y los idiotas salieron despedidos en distintas direcciones. Uno de ellos quedó inmóvil sobre el suelo, el otro quiso acogerse al abrigo de las cuevas, vertiendo sangre por diversas

heridas y arrastrando las piernas destrozadas, que dejaban dos sendas rojas sobre la tierra. Mientras tanto, bañado en sangre, gemía con dolorosos lamentos de cachorro. Todos los leprosos habían huído a sus cubiles de roca. Únicamente Kapahei permanecía al aire libre y contaba.

—Diez y siete... diez y ocho... diez y nueve...

La última granada de la cuenta terminaba de penetrar en una de las cuevas. Sonó la explosión. Los leprosos salieron de sus inútiles cobijos, dejándolos vacíos; pero nadie se asomó por la boca de la cueva fatal. Koolau se deslizó entre la humareda maloliente y picante. En el interior yacían cuatro cadáveres horrorosamente despedazados, entre los cuales aparecía el de la leprosa ciega, cuyos lagrimeantes ojos habían dejado de gotear para siempre.

Al salir de la cueva se encontró Koolau con que su destrozado pueblo, presa de pánico indecible, comenzaba a trepar por la senda de las cabras montaraces que desde la profunda garganta daba acceso a las erizadas cumbres y precipicios del interior. El idiota herido gemía débilmente, y arrastrándose sobre la tierra con ayuda de las manos, intentaba seguir a los demás; pero apenas había trepado al primer declive del muro de piedra, cuando se desplomó impotente hasta la base del acantilado.

—Más valdría matarle—dijo Koolau a Kapahei, que aún seguía sentado en el mismo sitio.

—Veintidós...—replicó Kapahei—. Si, más valdría matarle. Tienes razón. Veintitres... veinticuatro...

Lanzó el idiota un gemido doloroso y penetrante al observar que le apuntaban con el fusil. Koolau vaciló, sin atreverse a disparar...

—¡Es muy cruel, muy cruel, tener que hacer esto!—dijo.

—No seas tonto; veintiséis... veintisiete...—objetó Kapahei—. Ahora verás...

Y levantándose izó entre sus manos un peñasco y aproximóse hacia el idiota herido. Iba a descargarle el peñasco en la cabeza, cuando reventó encima de ambos una granada oportuna, que le relevó de cometer lo que intentaba, dando al mismo tiempo fin a su cuenta con el número veintiocho, que no llegó a pronunciar.

Koolau estaba solo en medio de la garganta. Los últimos súbditos de su reino acababan de arrastrarse, con sus organismos mutilados, sobre la cumbre del acantilado y desaparecieron ante sus ojos. Regresó entonces hacia los matorrales donde muriera la joven leprosa. El bombardeo continuaba sin tregua; pero Koolau no retrocedió, porque allá a lo lejos se veían las minúsculas figuras de los soldados que comenzaban su ascenso hacia la senda tajada.

Estalló una granada a pocos pasos de distancia. Koolau se tendió a ras de tierra. Sentía sobre su cuerpo el torrente de fragmentos que cruzaban el espacio. Una lluvia de flores del *hau* cayó sobre él poco después. Koolau levantó la cabeza para contemplar el camino de la senda tajada, y suspiró. Tenía miedo. Las balas de los fusiles no le hubieran atemorizado; pero las bombas eran algo infernal y abominable. Se agazapaba como si quisiera pegarse al suelo, temblando con escalofríos de pánico cada vez que sentía el silbido de las granadas; pero no tardaba en erguir nuevamente la cabeza para vigilar la senda tajada.

Cesó por fin el bombardeo, lo cual, según el pensamiento de Koolau, era señal de que los soldados estaban cerca. Se aproximaban, en efecto, peñas arriba, en hilera sencilla, y Koolau quiso contarlos, sin conseguirlo. De todas formas eran muchos, unos

ciento o cosa así. ¡Todos en busca de Koolau el leproso! Sintió entonces el aguijón del orgullo. Sí, fusiles y cañones, policías y soldados, venían en pos de un hombre solo, mutilado, enfermo, hecho una ruina, y este hombre era él. Habían ofrecido mil dólares a quien lo presentara vivo o muerto. Nunca había poseído tanto dinero. Entonces le entristeció un amargo pensamiento. Kapahei tenía razón. Koolau no había hecho daño a nadie. Los hombres blancos necesitaban quien les trabajase el país que obtuvieran como fruto de su rapiña; ellos trajeron a los esclavos chinos, y con éstos, la epidemia maldita. Y ahora, él, Koolau, valía mil dólares, muerto o vivo, porque la lepra se había apoderado de él. Sí, lo pensó con amargura. El no valía nada, era su inútil cadáver, podrido por la enfermedad o destrozado por una granada, lo que realmente se pagaba a tan alto precio.

Su primer impulso, cuando los soldados entraban por la senda tajada, fué advertirles su presencia y propósito de impedirles el paso; pero posáronse casualmente sus ojos sobre el destrozado cadáver de la joven leprosa y guardó silencio. Seis hombres se habían aventurado por el paso peligroso. Koolau comenzó a disparar sin detenerse hasta dejar libre la senda tajada. Vacío la recámara del fusil, y cuando lo hubo cargado, abrió fuego nuevamente hasta barrer la senda una vez más. Y allí permaneció, como encadenado a las breñas que le ocultaban, dispara que dispara. Relampagueaban en su cerebro los fantasmas de todas las injusticias sufridas, añadiendo nuevo combustible a su furia vengadora. Allá abajo, sobre la roca pelada, buscando inútilmente los escondrijos que las desigualdades del terreno pudieran ofrecerles, los soldados presentaban un blanco seguro. También ellos hacían nutridos disparos. Los proyectiles silbaban a uno y otro lado del leproso, aplastándose contra las piedras, para salir rebotados y cortar zumbando el aire. Una bala perdida le abrió un largo surco en el cuero cabelludo y otra pasó rozándole toda la espalda, sin arañarle siquiera.

Aquello era una verdadera carnicería. Los soldados iniciaron la retirada, recogiendo de paso a los heridos. Cuando se hubieron alejado, Koolau se dió cuenta de que olía a carne quemada. Miró en torno primeramente, luego descubrió que el calor del rifle le había quemado la mano, pero no sentía dolor alguno porque la lepra le había destrozado la mayoría de los nervios. Sólo el olfato le revelaba la existencia de las quemaduras.

Estuvo riéndose un rato entre los breñales que le ocultaban; luego se acordó de las bombas. Sin duda no tardarían en disparar, principalmente contra el macizo de los matorrales que le protegían. Decidió, pues, cambiar de sitio, y apenas se había retirado a un escondrijo formado por las juntas de rocas del acantilado, en donde no cayera proyectil alguno durante el primer bombardeo, cuando los cañones comenzaron de nuevo su fuego destructor. Koolau contaba las explosiones. Cayeron más de sesenta granadas, dejando de tal manera socavada y removida la superficie de aquel trozo de tierra, donde nadie podría haber sobrevivido. Así lo creerían sin duda los soldados, porque aquella misma tarde comenzaron a ascender por las sendas de las cabras salvajes, bajo el sol ardoroso del atardecer. Y de nuevo la senda tajada fué teatro de un sangriento combate, y de nuevo los atacantes hubieron de retirarse a las orillas del mar.

Durante dos días seguidos defendió Koolau el paso inexpugnable. Los soldados se contentaban con enviar una granizada de bombas cada vez que habían de retirarse.

Luego, transcurridos dos días, presentóse un leproso, llamado Pahau, sobre la cumbre del acantilado, y suplicándole a voces que volviera, le dijo que Kiloliana se había matado de una caída al pretender cazar cabras salvajes con que pudieran alimentarse los leprosos, y que las mujeres, aterrorizadas, no sabían qué hacer. Koolau mandó descender al muchacho y le entregó un fusil para defender el paso; luego regresó hacia los suyos, que le aguardaban descorazonados. La mayoría de ellos estaban demasiado débiles e inútiles para ir en busca de alimento con que aplacar el hambre intensa que en tan difíciles circunstancias sufrían. Eligió Koolau a dos mujeres y un hombre, los menos castigados por la enfermedad, y les envió al desfiladero, en busca de alimento y esterillas. Consoló a los unos, dió ánimos a los otros, y de tal manera supo levantar el espíritu de todos, que hasta los más débiles ayudaron a construirse sus albergues.

Pero como no regresaran los encargados de traer las provisiones, Koolau hubo de volver hacia la garganta. Una descarga cerrada de doce fusiles saludó su aparición sobre la cumbre del acantilado. Una bala le atravesó el hombro y una esquirla de roca que hiciera saltar otro proyectil al aplastarse sobre las peñas le hendió la mejilla. Instantáneamente, mientras se ocultaba de un salto, vió que el desfiladero bullía con la presencia de numerosos soldados. Su propio pueblo le había traicionado. Las granadas les habían parecido demasiado terribles y pavorosas. Preferían la prisión de Molokai.

Koolau se dejó caer tras de las rocas, protegido por ellas, y desciéndose una de sus cananas repletas de cartuchos, esperó serenamente. Apareció el primer soldado; Koolau le dejó trepar hasta que presentara medio cuerpo a sus disparos; luego tiró del gatillo. Repitió dos veces la misma operación, y algunos instantes después apareció al borde del acantilado una bandera blanca ondeada al viento.

—¿Qué queréis? ¿A quién buscáis?—preguntó.

—A ti te buscamos, si eres Koolau el leproso—le respondieron.

Koolau se olvidó por unos instantes de todo cuanto le rodeaba, y pensativo, no pudo por menos de maravillarse ante la extraña insistencia de aquellos *haoles* o extranjeros que habrían de imponer su voluntad aunque el cielo y la tierra se les viniera encima. ¡Ay! no dejarían de imperar sobre todos los hombres y sobre todas las cosas aunque les costase la vida. No podía por menos de admirar aquella voluntad indómita, más fuerte que la vida, más poderosa que la muerte, que sujetaba el universo entero a sus pies. Estaba convencido de su impotencia en aquella lucha desesperada. Nada podría oponerse a la terrible voluntad de los *haoles*. Aun cuando matara a un millar de soldados, se levantarían eternamente otros mil y, tan inagotables como las arenas del mar, caerían incesantemente sobre él. No reconocían jamás la derrota; nunca se daban por vencidos; tal era su virtud y su defecto. En cambio, los hermanos de su raza carecían de cualidad semejante. Sí; ahora comprendía la causa de que los habilidosos misioneros de la palabra divina y los traficantes que predicaban el evangelio del ron hubieran conquistado toda la tierra de sus antepasados. Y la causa era...

—Bien, ¿qué piensas? ¿Te decides a venir con nosotros?

Era la voz del hombre invisible que agitaba la bandera blanca. Allí estaba, como cualquier otro *haole* estaría dispuesto a lanzarse inflexiblemente al propósito determinado.

—Hablemos—contestó Koolau.

Apareció entonces la cabeza de un hombre, luego los hombros, después el cuerpo entero. Era un joven de unos veinticinco años, de ojos azules y rostro rasurado, de niño, porte elegante y gentil figura. Vestía uniforme de capitán. Avanzó sin vacilar hasta que le dieran el alto, y entonces se sentó en el suelo, a unos cuatro metros del leproso.

—Eres un valiente—exclamó Koolau admirado—. Podría matarte como a un pájaro.

—No, Koolau, no podrías—replicó el capitán.

—¿Por qué no?

—Porque eres un hombre, Koolau, un mal hombre, pero hombre al fin. Sé toda tu historia; no ignoro que asesinas con la mayor tranquilidad del mundo.

Koolau gruñó, intensamente satisfecho; luego preguntó:

—¿Qué has hecho de mis gentes, del niño, del hombre, de las dos mujeres?

—Se han entregado, y espero que tú también harás lo mismo. A eso vengo.

Koolau soltó una carcajada, como dando a entender su incredulidad.

—Soy un hombre libre—dijo—. Nunca hice daño a nadie. Únicamente pido que me dejes solo y en paz. Libre he vivido y libre quiero morir. ¡No me rendiré jamás, jamás!

—Veo, entonces, que tu pueblo es mucho más prudente y avisado que tú—repuso el joven capitán—. Mira... Se acercan... Vienen a entregarse.

Koolau volvió el rostro para comprobar lo que le decían, y vió que se aproximaban, en efecto, los últimos restos de su pueblo, arrastrando, entre lamentos y gemidos, la horrible procesión de su laceria miserable. Y Koolau hubo de sufrir la más honda de las amarguras al recibir las imprecaciones e insultos que le dirigían los suyos al acercarse. Y una mujer vieja, de cara de bruja, que conducía, jadeante y fatigada, la reata de leprosos, se detuvo, extendió las manos rugosas y afiladas como zarpas, agitó la cabeza retorcida en un gesto de muerte, y le maldijo. Luego, fueron desapareciendo uno en pos de otro, tras del borde del acantilado, en donde los soldados ocultos recibían a los prisioneros.

—Puedes retirarte—dijo Koolau al capitán—. ¡No me rendiré jamás! Esta es mi última palabra. Adiós.

El capitán se deslizó peñas abajo, uniéndose a su tropa. Un momento después, sin enseñar la bandera de paz, izó el sombrero en la punta de la espada. Koolau hizo fuego y una bala lo traspasó de parte a parte.

Le estuvieron bombardeando toda la tarde desde la orilla del mar y le persiguieron cuando se retiraba a las inaccesibles montañas del interior. Durante seis semanas seguidas le acecharon, como cazadores que otean la caza, de montaña en montaña y de risco en risco, sobre los picos volcánicos y por las sendas de las cabras montaraces. Apaleaban, avanzando en hileras, las selvas de lantana y los breñales de guayabos, cuando en ellas se escondía, obligándole a escabullirse como conejo perseguido. Pero Koolau sabía revolverse, burlarles y eludirles. No había medio de arrinconarle. Cuando se veía estrechamente cercado, su certero fusil hacía retroceder a los enemigos, que habían de llevarse por las sendas agrestes procesiones de heridos, camino de la playa. A veces le acometían con descargas cerradas, en cuanto distinguían un instante el cuerpo oscuro del leproso entre la maleza del monte. En una ocasión, le sorprendieron cinco soldados en la senda descubierta que unía dos concavidades y dispararon sobre él toda la carga de sus fusiles, mientras que se encaramaba vertiginoso por el camino. Descubrieron, después manchas de sangre en algunas peñas y comprendieron que estaba herido.

Gentlemen prefer blondes

El libro que lee todo el mundo de habla inglesa

=De La Nación, Santiago de Chile=

Pasadas las seis semanas de persecución, soldados y policías cejaron en su empeño y se volvieron a Honolulú, dejándole a solas en el valle de Kalalau. De vez en cuando aventuróse por allí alguno que otro cazador, en busca de los mil dólares que valía la cabeza del leproso; pero los cazadores no regresaban nunca.

Pasaron dos años. Koolau se arrastró por última vez en la vida bajo los espesos matorrales, y allí se detuvo, entre las hojas del *ti* y las flores de los jengibres salvajes. Libre había vivido y libre iba a morir. Comenzó a caer una lluvia menuda como rocío, y el leproso se ciñó a los miserables restos de sus miembros retorcidos los últimos jirones de una manta desgarrada. Cubría su cuerpo un capote impermeable, y cruzado sobre el pecho yacía su fusil mauser. Paó afectuosamente la mano por el cañón, como si quisiera preservarle de la humedad con una caricia. La mano era un deforme muñón, sin dedos ya con que poder tirar del gatillo.

Cerró los ojos para morir, porque la debilidad de su cuerpo y el atropellado torbellino de imágenes que se amontonaban en su cerebro le revelaron que se aproximaba su último instante. Por eso, como los animales salvajes, se había deslizado hacia un oculto lugar para morir.

De una manera vaga, difusa, semiconsciente, comenzó a revivir los acontecimientos de su vida, hasta sentirse mozo nuevamente en Niihau. Y cuando la vida se iba desvaneciendo y el gotear de la lluvia se difumaba en una sensación borrosa e imprecisa, le parecía que una vez más vivía en la granja; los potros retozones saltaban a su alrededor y se lanzaban en loca avalancha hacia los corrales. Y en seguida, con la misma naturalidad, se encontró persiguiendo a los toros salvajes que pastaban por las tierras altas, y los amarraba fuertemente para conducirlos a los pastizales de los valles bajos. Y de nuevo sintió el sudor y el polvo y el estigma de su laceria.

Había gozado nuevamente de toda su juventud vigorosa y espléndida, hasta que la angustia de la disolución inminente le hizo volver en sí. Levantó las monstruosas manos y las contempló con asombro. ¿Cómo? ¿por qué? ¿Por qué se había transformado en aquella podredumbre toda la plenitud de su mocedad exuberante? Recordó entonces una vez más y por breves momentos que él era Koolau el leproso. Parpadearon sus ojos, cerráronse lentamente, y el rumor de la lluvia se desvaneció en sus oídos. Estremeciéndose de pies a cabeza con temblor de calambre. Luego cesó todo. La cabeza, algo erguida, se desplomó, y los ojos se entreabrieron para no cerrarse más. Fué para el mauser su último pensamiento y lo estrechó amorosamente contra el corazón con las manos cruzadas sobre el pecho.

JACK LONDON

(Del tomo *La llamada de la selva*,
Editorial PROMETEO, Valencia, España).

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia,
Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

He aquí un libro, escrito como jugando, y que recuerda a esos acróbatas de circo que se ponen patines y se dan costalazos maravillosamente, imitando al que aprende a patinar. Un libro excéntrico, digno de la tierra de Chaplin, porque nos acostumbremos a esa manera nueva de reír. Esa lengua que dió *Mr. Pickwick* y *Midshipman Easy* nos da ahora esta nueva obra humorística, escrita por una señorita norteamericana, que firma Anita Loos. Dice el subtítulo: «El diario iluminado de una Lady profesional».

Se trata simplemente del diario escrito por una niña, que no sabe gramática, ni filosofía, ni literatura, ni historia; que no tiene conocimiento de ciencia alguna, pero que ve la vida con una ingenuidad, de manera tan insólita, que asombra. Es posible que, dentro de poco, se traduzca a todos los idiomas. Actualmente sólo conocemos las ediciones inglesas.

Después de leer esta obra, yo pensaba: ¡He aquí cómo una mujer ha hecho una cosa encantadora, sin ser pedante, sino todo lo contrario! Sin instrucción casi, sin rebuscar una sola palabra, ha compuesto la obra que se lee en todos los países de habla inglesa, desde los palacios hasta las porterías. Esto me comprueba que hay algo por encima de la inteligencia y la instrucción, un regalo divino que llamaría: intuición. ¿Por qué los músicos famosos, pregunto, cuando estaban todas las notas manoseadas, se sentaron de pronto en el piano y nos dieron la maravillosa armonía original? No cabe duda de que hay seres predestinados. Así Mozart, Beethoven. Cuando nadie esperaba ya nada que no fuera parecido a Maupassant, a Dostoyevsky, o Pirandello, esta Anita Loos, desprendida de todos los pasados literarios, posiblemente por no conocer ninguno, produce esta obra como un pájaro novísimo, nunca visto, que nos entrara de pronto por el balcón. Pero no exageremos. Llegará un día esta obra a América, traducida al español, para esos públicos, que son los más difíciles del mapa, y dirán: ¡Qué exagerado! ¡Si esto no vale nada! ¡Qué tontería!

¿No decían asimismo cuando aparecieron las primeras gracias de Margarita, «¡Oh, Margarita!» en *La Nación* de Chile?

Anita Loos tiene precisamente la gracia de Margarita; es una cosa moderna, gracilípida, desarticulada, con los ricillos de un rubio ceniciento, desatados al compás de la risa. Es la mujercita moderna que sueña fumando Abdullahs y cuyo sentimiento de la vida se define en el más cómico materialismo.

Los franceses, que están resentidos con los norteamericanos, se quedarán pasmados al ver exactamente cómo los juzga una muchacha norteamericana nacida en Little Rock, Arkansas. Sus juicios de Londres, París, y

Viena son inexorables, de una exactitud cómica que pasma.

La chiquilla moderna nos muestra su espíritu exacto, como hiciera hace años María Bashkirtseff. Los hombres penetramos en la intrincada selva femenina como por primera vez, seguros de que, jamás, los psicólogos que escriben sobre mujeres, serían capaces de mostrarnos estos movimientos cerebrales de cada segundo como lo hace Anita Loos.

La chica empieza a hacer su diario porque su protector, el señor Eisman, rey de los botones, de Chicago, le dice que es muy observadora, que tiene mucho cerebro y que debe escribir sus pensamientos. Su tipo es todo lo contrario de una pensadora; ella misma dice que nunca se ha visto una muchacha de su apariencia con tantos sesos, (*never seen a girl of my personal appearance with so many brains*). Tarea ingrata y poco menos que imposible explicar esta obra hecha de gestos imperceptibles, cuya gracia consiste en la unidad de la inocencia picaresca y en ciertos calambures intraducibles, como *Eyefull Tower*. Obra inefable. Es en el hilo del contar naturalmente donde está el mérito; en el desparpajo juvenil para decir las cosas escabrosas sin que la más escrupulosa conciencia pueda sentirse herida. Así cuenta su primera aventura: un balazo que dió a su novio cuando era una niña: los jueces la perdonaron, lloraron, la besaron en la frente. Su amigo, Gus Eisman, posiblemente israelita, se decide a protegerla y educarla. Le da dinero para que vaya a Europa, porque los viajes son muy educadores. Ella se va con Dorothy, su amiga íntima, aún más simple e ignorante que ella misma; pero con esa ingenuidad especial, llena de picardía...

Primeramente llegan a Londres, donde exclama: *London is really nothing*. (Londres no es nada realmente). Por ejemplo dice: «meten mucha bulla con una gran torre que no es más alta que el Hickox building en Little Rock, Arkansas, y apenas haría una chimenea, de una de nuestras torres de New York». En sociedad encuentra al Príncipe de Gales, que baila con ambas, y, entusiasmado con la gracia de las yanquitas, anota en sus puños algunas palabras de *slang*, que es el único idioma conocido de Dorothy. Finalmente llegan París, donde exclama: *Paris devine*, porque los franceses son divinos. Es posible que centenares de mujeres anglo-sajonas hicieran las mismas observaciones que ella al llegar a París, pero ninguna las escribió de una manera tan franca y achiquillada. «Llegamos a la Aduana, dice, al salir del barco, y sentimos muy mal olor y los señores franceses discutían mucho. Yo miré a mi alrededor y ví a un señor francés metido en estupendo uniforme y que parecía ser un hombre de grande, grandísima importancia, por lo cual

le di veinte francos y salió con nuestras maletas empujando a todo el mundo. La suma de veinte francos es muy pequeña para un caballero que tiene lo menos cien dólares de galones dorados, sin contar los pantalones. Lo bueno que tienen los caballeros franceses es que cada vez que se ponen a gritar una puede pararlos con cinco francos, no importa quienes sean». En el Hotel Ritz, donde se hospeda, ve a Perla White, las Dolly sister, Maybelle Gilman Corey y la señora Nash, gente del gran mundo neoyorkino.

Todo el libro está escrito así, con observaciones superficialísimas y que uno cree haber escuchado mil veces, pero resultan milagrosamente nuevas. Hay el negocio de una tiara de diamantes que un noble inglés le regaló en Londres y que la horrible esposa del noble le reclama en París. Un abogado francés penetra en el Ritz y termina vendiéndose de la misma manera que se venden todos los franceses que aparecen en el libro. La manía muy norteamericana, de sentir mal olor en Europa, se advierte en todas las páginas. En la América del Norte la gente es esclava del olfato, no pudiendo para su dicha, ser esclava de otra cosa. Por eso existe la manía del chewing-gum, el Sen-sen, el baño, las pastillas de menta, etcétera. En la obra que nos ocupa, los escoceses aparecen como tacaños, los franceses simpáticos y venales, pendientes del extranjero para sustraerle cualquier cosa; los alemanes, atiborrados de cerveza mal oliente y *delicatessen*. El capítulo final de estas observaciones humorísticas, sin ton ni son, se titula: *Brains are really everything*. (El cerebro es verdaderamente todo). La heroína conoce a un hombre pobre y de talento; se enamora de él porque comprende que produce más deleite un buen conversador que todas las joyas del mundo, y se casa con otro hombre riquísimo, que no ama, para poder representar las películas que escribirá el artista escogido de su corazón.

Como vemos, no podría darse una cosa más absurda y dislocada. Ni una página de emoción; pura risa y escándalo sano, que no choca. Todo aquel que lee este libro queda encantado y desconcertado. Tal es la creación que enloquece al público de habla inglesa. Su autora ha ganado dos millones de pesos de nuestra moneda. ¿De qué depende este éxito? Seguramente de la tolerancia amable, del entusiasmo juvenil de las razas anglo-sajonas, de esa cosa de Peter Pan que dormita en todo inglés. En nuestra América o en España no se hubieran vendido quince ejemplares de una obra parecida. Recordemos lo que dijo un eminente literato madrileño a propósito de la *Santa Juana* de Shaw: «Si fuera de un autor español, dijo, le hubiéramos llamado majadero».

Los anglo-sajones se contentan con menos que nosotros y en esas vastísimas aglomeraciones de humanidad el éxito se traduce por riqueza. Anita Loos es actualmente, a más de famosa, rica. Nuestra vida intelectual es más opaca y erizada; a lo que podemos aspirar, lo más felices, es al elogio

de una minoría y a la inexorable envidia de una mayoría eternamente descontenta; en cuanto al éxito monetario, no soñemos siquiera...

Ramiro de Maeztu decía a Alfonso Reyes esto, que el poeta mexicano recuerda en su *Reloj de Sol*: «¡Cuántas veces, al pasar bajo la columna de Nelson, he pensado así: si el pobre Churruca, en vez de tener por esposa a una triste vascongada casera, insignificante, santa, cocinera, fregona, surcidora y barrendera, que nada decía a su imaginación, hubiera tenido amores con una cortisana como Lady Hamilton, que lo trajera siempre sobreexcitado y alerta, se le habrían

ocurrido cosas, hubiera tenido todos los sentidos abiertos a la fantasía y a lo heroico, hubiera triunfado en la batalla de Trafalgar; España hubiera afirmado su imperio en el mundo, y a estas horas yo —escritor español— ganaría en Madrid lo que Bernard Shaw gana en Londres». *Reloj de Sol*. 1926).

Y Anita Loos hubiera vendido quince ejemplares de *Gentlemen prefer blondes* porque sin libras esterlinas, es decir, sin victoria de Trafalgar no habría ni siquiera *gentlemen*...

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Explicando ciertos conceptos a Haya de la Torre

Austin, Texas, 21 de Febrero de 1927.

Distinguido compatriota:

Le agradecí sinceramente su respuesta a mi carta sobre el problema de Tacna y Arica. Sin embargo, como usted interpretara equivocadamente mis palabras paso a explicarme mejor. Al invocar los nombres de García Calderón, Riva Agüero, Belaúnde, etc., lo hice confiado en el definido liberalismo de que estos escritores han hecho gala en tiempos no lejanos, en libros y conferencias. Usted afirma que ahora estos señores son los propagandistas de la dictadura de Leguía, es decir, está situado a la misma altura (?) de Chocano. Esto me basta. Y además, el hecho de que los susodichos escritores no hayan contestado mi carta da más valor a las palabras de usted. De modo que el no saber el cambio violento de la ideología de los señores Belaúnde, García Calderón y Co. no debe empañar el prestigio de mi radicalismo sociológico.

Me acusa usted de desconocer a la juventud chilena. Ojalá fuese así. Pero usted no supo ver la intención detrás de mis palabras. Yo llamé a opinar a los hombres más conocidos de mi patria: Barros, la Mistral, Donoso, etc. A éstos los sabía yo burgueses de antemano y por eso quería hacerles romper ese silencio dual en que se encierran. La Mistral es amiga de Rolland, Vasconcelos, Unamuno, etc; en abstracto se dice socialista, canta al pueblo judío; defiende la ideología soviética. Llamada a opinar sobre este problema de Tacna y Arica no lo hace y en carta a una dama peruana defiende la aristocracia y la burguesía de nuestros países. No olvidemos que nuestra compatriota colabora en el *Mercurio*, diario de capitalistas, que últimamente me ha estado atacando, llamándome traidor a la patria, y que llama a García Monge ingrato, porque «después de haber recibido su educación en nuestro Instituto Pedagógico se atreve a publicar los insultos de Torres Rioseco». Donoso y Barrios a causa de su situación tienen que callarse ante los abusos del régimen militar chileno. Como usted ve yo conozco bien a mi gente y sé que, excluyendo a Joaquín Edwards Bello (pariente

del propietario de Chile) no hay un sólo escritor de reputación continental que se atreva a decir una palabra en contra de la dictadura del coronel Ibáñez.

A usted, Falcón, Mariátegui, ya les conocíamos bastante en América. Yo sabía que usted opinaba semanalmente casi en nuestro REPERTORIO de modo que estaba seguro de sus ideas. No tome pues a mal el no haberme dirigido a Ud. A pesar del tono un tanto airado de su carta yo le considero como amigo dilecto, y no sin cierto pesar sutil ¡que Ud. sería un digno enemigo para las impetuosidades de mi pluma!

Quise solamente poner los puntos sobre las íes yo también. Soy breve en ésta por exceso de amargura. Los yanquis acaban de enviar más buques de guerra y más aeroplanos a Nicaragua. ¿Qué valen nuestras voces? Después de defender a mi país desde aquí, con grave peligro para mi situación y mi seguridad, allá en Chile me llaman traidor. ¿A quién hablamos? ¿Quién nos sigue? ¿No estamos definitivamente condenados por la imbecilidad de nuestros gobernantes a ser colonias yanquis? Ud. tiene fe en los obreros y los campesinos de su patria. ¡Feliz Ud! Los nuestros están muy atrasados todavía. Acaso gran parte de la culpa sea nuestra por preferir la vida relativamente fácil de estos países a la lucha continua de los nuestros.

Saludo a Ud. con la admiración que Ud. se merece. Suyo,

TORRES RIOSECO.

P. D.—Empecé llamando a Ud. compatriota. Después he hablado de «su» patria y «mi» patria en el curso de este articulo. Vea Ud. hasta qué punto llega la influencia de nuestra educación. Yo, hijo del pueblo, odié al Perú en mi niñez, porque así me lo enseñaron los pobres maestros de mi ciudad, ignorantes propagadores de la discordia capitalista. De modo que hasta el pueblo está envenenado con este odio. La aristocracia y la clase media mantienen vivo este odio en Chile, aunque Gabriela Mistral, hija del pueblo, diga lo contrario.

A. T. R.

Un grupo selecto y vigilante de intelectuales cubanos protesta contra la intervención yanqui en Nicaragua

Se nos envía para su publicación el siguiente manifiesto:

A los intelectuales y hombres libres de los Estados Unidos:

A nuestros hermanos de la América Latina:

Por la Libertad de los pueblos de Indo-América:

Contra el Imperialismo yanqui:

Por segunda vez, en el curso de los últimos años, tropas de desembarco de la marina de guerra norteamericana, han hollado el suelo de la hermana república de Nicaragua, desalojando de los lugares que ocupaban a funcionarios de un gobierno legalmente constituido, estableciendo censura telegráfica y postal, y declarando «zonas neutras», regiones de territorio no sujetas a su soberanía; es decir, violando en todos estos casos los más elementales preceptos del Derecho Internacional y atropellando con ello la dignidad de la América Indo-Ibera.

Los inductores y responsables inmediatos de ese atentado, son algunas corporaciones económicas establecidas en territorio de aquella república, análogas a las que pretenden llevar a su país, la poderosa república de los Estados Unidos de América, a un «casus belli» con nuestra hermana, la noble nación azteca, con el solo y exclusivo propósito de seguir explotando, sin compensaciones para ésta y rebelándose contra sus leyes, los ricos yacimientos petrolíferos de su suelo; las mismas que en los países que baña el Mar Caribe, tienen establecidas verdaderas factorías de explotación, obteniendo los más preciados frutos de sus fecundas tierras, a costa del menor esfuerzo, siendo amparadas en esta explotación por el organismo político que gobierna la república de Lincoln; las que acechan la ocasión de adquirir el monopolio y dominio de las salitreras sud-americanas, escudándose en falsos pretextos de pacifismo y cooperación panamericanos; las que financian revoluciones en suelo ibero-americano y sostienen tiranías dóciles a sus mandatos; las que, en fin, pretenden impedir la concurrencia de productos del resto del Continente en su rico mercado de consumo, aun cuando con ello atenten contra los intereses de los ciudadanos pobres de su país.

Sin embargo, debemos declararlo: estas organizaciones financieras, industriales o agrícolas, no constituyen el sistema espiritual del pueblo norteamericano. Por el contrario, los ciudadanos que componen la inmensa mayoría de esa nación sienten, sino tan descarnadamente como los que vivimos al sur del Río Grande, los mismos efectos opresivos y lesionadores de su dignidad, en el desarrollo de su libre actividad.

Los hombres que dirigen el Departamento de Estado norteamericano, han procedido en este caso concreto de Nicaragua, al ordenar al almirante Latimer, la ocupación de Puerto Cabezas, sede del gobierno constitucionalista de este país, y de otros puntos del mismo territorio, desalojando a las autoridades legítimas que allí funcionaban, como aquéllos que reconocieron la legitimidad de la segregación del estado del Istmo, del territorio colombiano, en 1903; que organizaron la parodia de gobierno republicano de Hawaii; que ordenaron la invasión de Haití y Santo Domingo; que impusieron a Cuba la Enmienda Platt y el Tratado Permanente; que mantienen a Filipinas y Puerto Rico en estado semi-colonial, burlando sus propias promesas, y que inauguraran su carrera de depredaciones, exterminando las innumerables tribus indias que habitaban el occidente de las trece colonias primitivas, sangrando luego, con herida que aún permanece abierta, a la república de Juárez y Morelos.

Los que en Cuba pensamos sin compromiso con los errores del pasado, ni las iniquidades del presente, los que sentimos muy hondo el libre amor que debe unir a todos los hombres, sin distinción de razas ni nacionalidades, los que creemos que el continente que descubriera Colón, debe ser refugio de la Humanidad libre, no podemos hacernos cómplices con nuestro silencio de esta afrentosa tragedia, que sentimos en nuestra propia carne, ocurrida en suelo latino-americano, y hacemos un llamado a los que piensan como nosotros en esa tierra donde el oro triunfa, escarneciendo los ideales de los fundadores de esa poderosa nación, para que, uniendo su esfuerzo al de todos los hombres libres de nuestra América latina, obliguen a su gobierno a dejar de ser instrumento de quienes pretenden implantar en el Continente un nuevo sistema de esclavitud, más ominoso que el que, hace un siglo, destruyeron nuestros abuelos con su heroico esfuerzo.

Habana, 13 de enero de 1927.

Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenrig, Enrique Serpa, Arturo Aballí, Félix Lizaso, Jorge Mañach, Alfredo Recio, Joe Massager, Enrique Palomares, Rubén Martínez Villena, José Z. Tallet, A. T. Quílez, José Antonio Fernández de Castro, Mariblanca Sabas Alomá, Gustavo Elderegía, Rodolfo Pérez de los Reyes, Armando Maribona, Carlos Loveira, Eduardo Abela, O. Gans, Antonio Gattorno, Pedro Alejandro López, Jorge A. Vivó, J. M. Acosta, F. de Ibarzábal, Jaime Walls, Luis del Puñal, Juan Marinello, Juan José

Sicre, Félix Hurtado, Hortensia Lamar, Otho Bluhme, Luis F. Bustamante, José José M^a. Bens, Armando Leyva, Agustín Acosta, Hurtado de Mendoza, Sergio Carbo, Antonio L. Valverde, Oscar Soto, Juan E. Toral, Diego Bonilla, J. A. Abelenda, Julio Lagomasino, Ramón Vasconcelos, Juan Antiga, Arturo Alfonso Roselló, L. Gómez Vangiermert, Hilarión Cabrizas, Andrés Núñez Olano, R. A. Catalá, Gerardo del Valle, Pedro José Cohucelo, Enma López Seña, Rosario Gaillaume, José Carronz Díaz, Juan Corzo, M. A. Tamayo, Conrado W. Massaguer, Adolfo Bock, J. M. Collantes, René Lufriú, Orosman Viamontes, Alberto Rodríguez Sust, Joaquín Navarro, Alfredo Piñeyro Téllez, R. Martínez Duarte, R. Martín, Francisco Masiques, Saturnino Ruíz y Gil, A. Márquez, F. Laguado Jayme, J. L. Martín, Daniel Villaamil, Raúl Ortega.

(El Sol. Habana)

La Universidad Popular contra la venta de tierras nacionales

CONGRESO CONSTITUCIONAL

El Consejo Directivo de la Universidad Popular, tiene la honra de dirigirse muy atentamente a ese Alto Cuerpo para manifestarle que la Universidad en Cabildo Abierto de más de doscientos obreros, todos miembros de la Institución, reunidos en el salón de actos de la Escuela de Derecho en la noche del 23 del corriente, acordó por unanimidad de pareceres hacer una presentación al Supremo Legislativo para suplicarle que por ningún motivo sean cedidas a la United Fruit Company, tierras en la región de San Carlos; y que si no fuere posible evitar que se consume un acto tan peligroso para la soberanía nacional en el futuro, que esas tierras se den simplemente en arrendamiento por un corto tiempo a la Compañía Frutera. En ese Cabildo se acordó así mismo excitar a la Representación Nacional para que emita una ley que en lo venidero impida a los Poderes Públicos vender a compañías o a particulares, extensiones de terreno que excedan de un número equitativo y razonable de hectáreas. Las razones que se han tenido en mira para tomar esta determinación, son palpables; todo el mundo las conoce. El latifundio acabaría con la salud pública de Costa Rica, si de modo insensato y alarmante seguimos fomentándolo. La United Fruit puede en realidad considerarse como una explotadora del país y no debe dársele pie para tomar nuevos alientos.

Al transcribir a la Representación Nacional la decisión tomada por la Universidad Popular para que se sirva resolver lo que a bien tenga, nos es honroso suscribirnos atentos y seguros servidores,

CONSEJO DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD POPULAR

HELIA DITTEL
Secretaria General

San José, Febrero de 1927.